

## **LOS LIDERAZGOS NEODEMÓCRATAS DE EXPANSIÓN Y CONSOLIDACIÓN ELECTORAL**

La percepción de que el triunfo de Alexa McDonough era una estrategia para preparar una transición se confirmó meses después, el 6 de junio de 2002, al anunciar su separación del cargo aduciendo que un buen líder debe saber cuándo hacerse a un lado para que lleguen nuevas figuras, en alusión a los conflictos que los liberales vivían en ese periodo.

Con este anuncio se convocaba, de forma simultánea, a una convención nacional para elegir a un nuevo dirigente. El mensaje reforzaba la idea de que el partido seguía fuerte y unido, y debía continuar con su propia agenda; que los neodemócratas contaban con objetivos claros y genuinos, y que su gestión había tenido como único fin servir a los intereses públicos de Canadá (CBC News, 2002b).

En este periodo sobresalió Jack Layton, quien sin posturas radicales ni encono mantuvo la unidad neodemócrata y expandió la presencia del partido a regiones hasta ese momento vedadas, tanto por las condiciones y dinámicas del propio sistema político y electoral canadiense como por el peso de las agrupaciones regionales emergentes en el Oeste y en Quebec.

De este modo, en las primeras décadas del siglo XXI se generó una serie de cambios y adaptaciones en el NDP que lo han convertido en una opción que espera su oportunidad en un sistema tradicionalista como el canadiense. Así, Layton y Thomas Mulcair colocaron al partido en el centro del debate nacional, aunque con distintos resultados. Más recientemente, la elección de Jagmeet Singh, primer líder integrante de una minoría visible, ha servido para consolidar la imagen vanguardista y progresista del principal órgano de la izquierda canadiense en el plano federal.

## **El talento de Jack Layton (2003-2011)**

Una vez confirmada la salida de McDonough, comenzaron a surgir los nombres de sus potenciales sucesores, y entre ellos sobresalía el de Layton, doctor en Filosofía y profesor de la Universidad de Toronto, que alternaba la docencia con la política al ser miembro electo del Ayuntamiento de Toronto. Pronto se destacó como un elemento activo siendo líder de la fracción de izquierda de dicha oficina de gobierno. Al mismo tiempo, los nombres de Lorne Nystrom, Svend Robinson, e incluso del sindicalista Buzz Hargrove se escuchaban como posibles candidatos.

En esta carrera interna pronto se descartaron las candidaturas de Robinson y Hargrove, pues fue evidente el rechazo de las bases a sus proyectos en las elecciones anteriores; así, otras figuras tomaron fuerza. Es el caso de Bill Blaikie, experimentado diputado desde finales de los setenta, quien era visto como moderado y podría tender puentes entre el conservadurismo centrista de Nystrom y el izquierdismo de Jack Layton, considerado un poco más radical por algunos. Esta creencia se basaba en su historial, debido a sus protestas en Ontario en contra de algunas decisiones de las autoridades, como la candidatura de Toronto para los juegos Olímpicos de 1996, por considerar que el gobierno debía destinar los recursos de los contribuyentes a otros asuntos de carácter social.

La campaña se desarrolló con intensidad y pronto las figuras de Layton y Blaikie despuntaron. La convención se realizó en Toronto, el 25 de enero de 2003, y Layton fue el triunfador absoluto al alcanzar, en una sola ronda, el 54.5 por ciento de los votos, seguido por Blaikie y Nystrom con el 23 y el 10 por ciento, respectivamente. Hubo otros contendientes, pero la mayoría alcanzada por Layton hizo innecesaria su adhesión a cualquier otro candidato.

Una vez confirmado su triunfo, nombró a Blaikie líder adjunto del partido para prevenir cualquier confrontación a nivel interno. Cabe señalar que Layton tuvo todo el apoyo de Ed Broadbent, quien afirmó que los reformistas y aliancistas ya habían logrado captar el apoyo rural y de la clase trabajadora del Oeste, seducida por el discurso de ira y revancha del populismo de derecha, y que en ese momento la izquierda necesitaba un nuevo estilo de liderazgo, más cercano, que hiciera creer a los neodemócratas que eran capaces de elegir un primer ministro o un líder de la oposición; por ello para Broadbent, Jack Layton era el mejor candidato (*Policy Options Politiques*, 2003). Una vez

hecha pública esa declaración, las encuestas favorecieron consistentemente a Layton.

Ya asumido el cargo, comenzó una campaña intensa para distinguirse de sus contrincantes en la arena federal. Tomó distancia de la tendencia de sus antecesores a mostrarse como la conciencia moral de la Cámara de los Comunes, y se hizo presente en los medios de comunicación señalando las fallas del gobierno liberal, y una muestra de ello eran los conflictos internos. Al mismo tiempo, concentró su atención en los problemas urbanos, y al haber crecido en la provincia de Quebec, buscó acercarse a esos votantes, pues los conocía y sabía de sus frustraciones en relación con los gobiernos liberales y conservadores, así como de las limitadas acciones en su favor de parte del Bloque Quebequense.

Esta labor en Quebec parecía muy complicada, pues el NDP no había logrado alcanzar ninguna curul en elecciones federales en toda la provincia, y en cambio había vivido fricciones internas, pues los neodemócratas ya no parecían dispuestos a destinar recursos a una provincia que de una u otra forma rechazaba a sus candidatos.

El liderazgo de Layton compartió con el de su predecesora la decisión de no solicitar la renuncia a ningún diputado de su partido con el fin de que éste le cediera su sitio en el Parlamento, en cambio, esperó las elecciones federales del año siguiente, 2004, para comenzar su labor parlamentaria. Mientras tanto debía iniciar trabajos y estudios dentro del partido con el objetivo de establecer nuevas estrategias económicas, políticas y sociales con las bases que buscaba construir.

Estas renovadas estrategias obedecían, entre otras razones, a que el inicio de la gestión de Layton al frente del NDP coincidió con una nueva serie de mecanismos de financiamiento impuestos a los partidos desde el gobierno federal para hacer más transparentes los orígenes de sus fondos privados, pues también existe una contribución pública que reciben en cada elección federal.

El NDP se encontró con la problemática de que muchos sindicatos ya no estaban dispuestos a seguir con sus aportaciones ni a vincularse directamente con los neodemócratas, pues sus bases eran tradicionalmente liberales. Por ello, Layton implementó una forma más directa de acercarse a sus fuentes de patrocinio privado sin desdeñar a los sindicatos que decidieron continuar afiliados al NDP (McGrane, 2019: 53). De este modo, muy pronto su liderazgo debió enfrentar sus primeras elecciones federales (2004) con otras reglas

para la gestión del financiamiento y nuevas metas en el corto plazo a fin de acercarse a electores más jóvenes y, por ende, más progresistas.

Esta convocatoria de 2004 vino después de una serie de graves pugnas dentro del Partido Liberal, que se agudizaron cuando salieron a la luz varios escándalos de corrupción y tráfico de influencias entre prominentes figuras del gobierno de Chrétien, quien, asediado desde el Parlamento por sus opositores y en su propia agrupación política, no tuvo más remedio que renunciar a su liderazgo en noviembre de 2003 y, por tanto, al cargo de primer ministro. Al frente del partido quedó su opositor interno, Paul Martin, quien buscó, sin éxito, desmarcarse de las acusaciones a su antecesor, pues había sido ministro de Finanzas y difícilmente podría no haber estado al tanto de las acciones de sus colegas en el gabinete (Santín, 2014: 108-109).

Las campañas federales estuvieron plagadas de señalamientos de corrupción de parte de los opositores. Por su parte, Layton centró sus esfuerzos en convencer a algunos bastiones liberales en su propia provincia de Ontario, mientras denunciaba a los conservadores unificados ahora en torno a un nuevo organismo, el Partido Conservador de Canadá (Conservative Party of Canada), y a su nuevo líder, Stephen Harper, por limitar su apoyo parlamentario a las mujeres y su derecho a decidir, y por mostrar desdén hacia las minorías. En el debate de líderes del 15 de junio, Layton sorprendió a la audiencia con un discurso muy bien articulado, llegando incluso a provocar que sus oponentes Martin y Harper tartamudearan al tratar de responder a sus señalamientos.<sup>1</sup>

Las elecciones se celebraron el 28 de junio y en ellas el Partido Liberal mantuvo el poder, pero con una minoría, tras ganar 135 de las 308 curules en disputa. Los conservadores alineados con Harper —antiguo pupilo de Preston Manning y fundador del Partido Reformista— alcanzaron 99, mientras que el Bloque Quebequense recuperaba presencia en su provincia tras lograr 54 diputaciones. El Partido Neodemócrata también recobró terreno al conseguir 19 asientos parlamentarios.

En esta ocasión, la estrategia del líder para acrecentar su presencia en Ontario tuvo resultados al obtener siete asientos por la provincia, más cinco de la Columbia Británica y cuatro en Manitoba. Las provincias del Atlántico dieron tres curules: dos por Nueva Escocia y una más por Nuevo Brunswick.

<sup>1</sup> La información sobre los debates federales del periodo 2004 a 2011 puede consultarse en CBC News (2021a).

El antiguo bastión neodemócrata de Saskatchewan había desaparecido del panorama electoral en ese año, obligando al partido a un ajuste en el mapeo de sus bases.

Este cuarto sitio tuvo un significado especial para el NDP, dado que los conservadores y el Bloque Quebequense no alcanzaban juntos el 50 por ciento más uno, pues entre ambos sumaban 153 curules, es decir, les faltaban 2 para poder rechazar cualquier propuesta de gobierno o convocar a elecciones adelantadas. Por ello, los 19 diputados neodemócratas fueron el único anclaje que garantizaba la continuidad de Paul Martin como primer ministro o su probable caída.

Así, con diecinueve diputados, el NDP finalmente logró gran influencia en la política nacional desde su estatus de partido bisagra, sobre todo gracias a la conformación que ese Parlamento había logrado después de la XXXVIII elección federal, con un gobierno liberal frágil y minoritario, y una oposición basada en la alianza entre conservadores y el Bloque Quebequense para impedir un nuevo mandato liberal extenso.

Para influir en la política nacional, Layton reformuló la manera en que los diputados del NDP solían dirigirse a los medios de comunicación, pues era una tradición que cada miembro neodemócrata del Parlamento siguiera la ruta de sus bases provinciales al emitir declaraciones, sin consultar a la dirigencia, lo que provocaba que en muchas ocasiones diputados de una misma bancada manifestaran públicamente posturas diferentes sobre un mismo tema, como por ejemplo el matrimonio entre personas del mismo sexo.

Por ello, Jack Layton y su equipo implementaron una mecánica en donde todas las actividades públicas y las declaraciones de los diputados debían consultarse primero con el dirigente para evitar chocar con los lineamientos del partido, pero sobre todo con su opinión. Esta dinámica se asemejaba a la de liberales y conservadores, que suelen mostrar una disciplina firme en torno a su líder en el Parlamento.

Para ello, Layton organizó reuniones frecuentes con sus diputados en donde marcaba la línea que debía seguir el partido en temas específicos y cuándo evitar comentarios, al tiempo que exigía ofrecer disculpas públicas cuando alguno se excedía en sus críticas hacia algún correligionario. De esta forma, concentró en su persona la función de vocero del partido ante la opinión pública, como ocurría con los otros líderes del Parlamento, a fin de que la imagen del dirigente fuera la del partido (McGrane, 2019: 93-94). Así, el NDP se

convirtió en otro organismo político cuya plataforma se construía alrededor de la estrategia de su líder.

Una vez disciplinados sus diputados, Layton pudo ejercer mayor presión sobre el primer ministro liberal Paul Martin, que requería urgentemente del apoyo neodemócrata para mantenerse en el poder. Esta nueva disciplina partidista permitió a Layton ser el único interlocutor ante el gobierno y el portavoz neodemócrata de frente a la opinión pública.

En ese momento la posición de Stephen Harper y del Bloque Quebequense era de franco rechazo al gobierno liberal, de manera que Layton logró consolidarse como una figura mediática muy importante en Canadá, pues representaba el equilibrio, y era el único capaz de evitar nuevas elecciones anticipadas, pues los conservadores y el Bloque Quebequense únicamente esperaban la adhesión neodemócrata para derribar al gobierno de Martin, dada la creciente debilidad de su administración por los mencionados escándalos de corrupción, cuyas investigaciones continuaban. A esto deben agregarse las riñas entre seguidores de Chrétien y Martin, las cuales daban material para editoriales muy críticos, afectando la imagen del Partido Liberal.

Fue en ese momento cuando Jack Layton decidió poner en marcha iniciativas que incluían propuestas de incremento al presupuesto para el gasto público, que había disminuido de manera consistente durante los años de Chrétien para cumplir metas macroeconómicas. A fin de contrarrestar esa tendencia, Layton planteó al primer ministro un programa de compromisos que incluían, además de aumentar el gasto público, una declaratoria mediante la cual se garantizara que el gobierno liberal no permitiría la privatización de áreas del sector salud ni en el mediano ni en el largo plazo. Al mismo tiempo pidió que el gobierno liberal diseñara un programa de gasto social que abarcara de manera clara diversos ámbitos públicos (Jeffrey, 2010: 579).

Con estas acciones, pudo demostrar que su partido era el verdadero promotor de la seguridad social. Al mismo tiempo, en sus intervenciones ante la opinión pública dio a conocer la nueva plataforma del NDP para el siglo XXI, donde expresaba de forma recurrente que se buscaba la creación de empleos mejor remunerados, una economía verde que promoviera nuevos trabajos específicos en esas áreas, una mejora del sistema de salud pública y mayores inversiones en infraestructura para las grandes ciudades; esto último tenía la meta de recuperar bastiones neodemócratas perdidos en el Oeste (Laycock y Erickson, 2015: 42).

No obstante, una vez fijadas las condiciones para el apoyo neodemócrata al gobierno liberal de Martin, las respuestas de éste no fueron del todo claras, pues aunque afirmaba que compartía las preocupaciones sociales del NDP, no mostraba intención de incrementar el presupuesto para el gasto social en el corto plazo ni mucho menos garantizar la no privatización de sectores médicos de carácter público. De hecho, pese a que Layton fue claro al plantear a Martin que si éste garantizaba que el Medicare no se privatizaría podía mantenerse en la oficina de primer ministro, la respuesta de éste fue que la salud pública era un logro liberal y no permitiría que los neodemócratas lo adoptaran como propio (Gidluck, 2012: 195). Esto hizo que el NDP y Layton rompieran con Martin y que a finales de 2005 se sumaran al resto de la oposición para llamar a elecciones anticipadas a inicios del año siguiente.

De inmediato, las campañas se centraron en denunciar la corrupción de los gobiernos liberales y en difundir los resultados de las investigaciones al respecto. Por su parte, Paul Martin afirmaba que éstas lo habían exonerado, al igual que a su antecesor Jean Chrétien, pero los líderes opositores ganaban espacio entre la opinión pública al reiterar que los escándalos eran sólo una muestra del estilo de gobernar de los liberales. En ese contexto, Jack Layton se ofreció como una opción para limitar el avance conservador y como una alternativa honesta a la corrupción liberal.

Los dirigentes liberales vieron que las intenciones de voto por su partido disminuían considerablemente y comenzaron una feroz campaña dirigida a los votantes neodemócratas para evitar que los conservadores llegaran al poder y amenazaran el bienestar social. La propaganda liberal pedía a los neodemócratas pensarlo dos veces y evitar el triunfo de los conservadores (Laycock y Erickson, 2015: 42-43). Esta convocatoria de los liberales a las bases neodemócratas a ejercer el llamado voto útil fue el principal reto para Layton, que debió movilizarse en dos sentidos: por un lado, convenciendo a sus adherentes de la importancia de votar por su partido para ganar espacios parlamentarios y, por el otro, desmintiendo que el NDP fuera el responsable del potencial regreso de los conservadores al poder, pues habían sido precisamente los liberales quienes, con sus actos de corrupción, abrieron esa posibilidad después de encabezar varios gobiernos de mayoría.

Los debates televisivos fueron un buen espacio para que Layton expresara estas dos ideas a sus votantes a fin de inhibir la fuga de votos útiles en favor del Partido Liberal, que tanto daño le había hecho a la izquierda partidista

canadiense durante el siglo xx. Se dirigió a la audiencia señalando que esta elección no debía considerarse una carrera de dos y que estaban ahí por la corrupción liberal. Lo más importante para él era convencer a sus votantes de no beneficiar a los liberales con el tradicional voto útil, pues no lo merecían debido a sus acciones y su desdén a proteger el sistema de salud pública.

Algo trascendente de este tipo de debates es que suelen ser una muestra de las plataformas de campaña en las que los líderes expresan de manera abierta sus prioridades. En este sentido, al contrario de en las elecciones federales previas, en las de 2006 Layton evitó los ataques directos a los líderes de otros partidos; en cambio se dirigió a la Cámara buscando convencer a sus seguidores de emitir su voto por convicción.

Las elecciones se realizaron el 23 de enero de 2006 y el Partido Conservador regresaría al poder encabezando un gobierno de minoría con su líder y nuevo primer ministro Stephen Harper tras obtener ciento veinticuatro asientos contra ciento tres de los liberales y cincuenta y uno del Bloque Quebequense. El Partido Neodemócrata incrementó su presencia al pasar de dieciocho a veintinueve curules parlamentarias. Sus porcentajes de voto nacional crecieron del 15.6 (2004) al 17.5 por ciento, que puede parecer poco, pero resultó suficiente para conquistar distritos nuevos. En el Oeste sumaron más escaños, al conseguirse diez en Columbia Británica. En las praderas, Manitoba mantuvo tres, al igual que en las provincias del Atlántico, Nueva Escocia y Nuevo Brunswick, que conservaron sus tres curules.

Los Territorios del Noroeste dieron otra curul. Ontario fue el caso más sobresaliente al incrementar a doce sus asientos en la Cámara de los Comunes. Esto último dejó constancia de que la provincia del líder en turno venía convirtiéndose en el bastión electoral, sobre todo una vez que los tradicionales cotos neodemócratas en Saskatchewan cambiaron su preferencia en favor de los conservadores en las últimas elecciones, tendencia que parece irreversible.

Esta nueva gestión parlamentaria como líder del NDP fue dando mayor experiencia a Jack Layton, quien pronto se distinguió como un hábil constructor de puentes al interior de la oposición. Así, su acercamiento al nuevo dirigente liberal, Stéphane Dion, y al experimentado líder del Bloque Quebequense, Gilles Duceppe, permitió a los neodemócratas fortalecer su protagonismo como opositores al gobierno conservador, cuyo primer ministro iba incrementando su aprobación entre amplios sectores sociales, mientras que los

liberales perdían espacios mediáticos. A diferencia de años anteriores, el NDP integró un grupo de trabajo dedicado exclusivamente a preparar la siguiente campaña federal. Desde finales de 2006 se reunía semanalmente para garantizar la logística necesaria ante cualquier llamado anticipado a elecciones, pese a que el gobierno de Harper había aprobado una ley donde se establecía un nuevo plazo máximo de cuatro años para convocar a comicios desde un gobierno mayoritario, evitando que esto proviniera de uno de minoría.

Además, el NDP comenzó a invertir recursos en campañas virtuales en torno a sus acciones parlamentarias y así hacer llegar el mensaje a nuevos sectores, sobre todo el de los jóvenes canadienses que aún no habían votado, lo que pronto significó contar con el mayor apoyo entre la población de dieciocho a veinte años, a la cual el mensaje de Layton gustaba por su frescura y términos sencillos, pues solía dirigirse a los nuevos sectores con frases como “No vine aquí solamente a ganar puntos. Estoy aquí para ganar” (Lavigne, 2013: 146).

Entre las tareas asignadas a su equipo de campaña permanente, Layton lo instruyó a identificar aquellos distritos donde conservadores, liberales y el Bloque Quebequense mostraban alguna vulnerabilidad, esto en sus provincias más representativas, y dirigir allí los esfuerzos para ganar presencia. De este modo, se supo que el contrincante en el Oeste y las praderas era el Partido Conservador; en el Atlántico y en Ontario eran los liberales, mientras que en Quebec aún debía encontrarse algún distrito donde pudieran vencer al Bloque Quebequense y desde ahí crear una base inicial.

Es importante destacar que en su afán por golpear la imagen de Stéphane Dion —para arrebatárle distritos en Ontario y Quebec en unas eventuales elecciones—, Harper más bien consiguió que la figura de Jack Layton creciera entre los votantes progresistas, ya que ciertamente Dion mostraba una faceta de vulnerabilidad frente a los feroces e inescrupulosos ataques conservadores, mientras que Layton era conocido como un político hábil, inteligente y de mente veloz para responder a las diatribas del primer ministro.

Este conflicto entre el líder liberal y el primer ministro se originó por un plan tributario propuesto por Dion para gravar las ganancias de las empresas energéticas contaminantes, creando un nuevo impuesto para las mayores emisoras de gases de efecto invernadero (GEI). La idea era reinvertir lo recaudado en proyectos sociales y de reconversión industrial para generar energía limpia en el mediano plazo. La medida se conoció como *Green Shift* (plan verde),

y desde luego provocó el malestar inmediato de los grandes corporativos energéticos del Oeste, del Partido Conservador, así como del primer ministro, cuyo partido le debía la fortaleza de sus finanzas a los recursos casi ilimitados que ese sector destinaba a la causa conservadora.

En este escenario de encono entre liberales y conservadores, y con un protagonismo interesante de Jack Layton a nivel nacional, a principios de 2007 se dio a conocer la convocatoria a tres elecciones especiales en igual número de distritos en Quebec, una vez que sus titulares abandonaron sus cargos por diferentes razones. Uno de estos distritos fue Outremont, donde el diputado del Bloque Quebequense, Jean Lapierre, renunció. De acuerdo con su estrategia, el NDP concentró allí su atención para arrebatarse la curul al BQ y a los liberales.

A diferencia de 1990, cuando el NDP obtuvo un asiento en Quebec de forma circunstancial, en esta ocasión se detuvieron para analizar muy bien qué candidato presentar. En este proceso, el propio Layton estuvo muy involucrado, pues debe recordarse que era quebequense y pasó su infancia en el área metropolitana de Montreal, por lo que se encontraba particularmente interesado en que su partido penetrara finalmente en su lugar de origen.

El candidato elegido fue Thomas Mulcair, un político conocido en toda la provincia, pues había sido funcionario del gobierno liberal local encabezado por el premier Jean Charest, y abiertamente había entrado en confrontaciones con él, situación que llevó a Charest a degradar a Mulcair dentro de su gabinete, por lo que éste anunció su renuncia al gobierno provincial y su incorporación al NDP para contender por Outremont. Las elecciones especiales se celebraron el 17 de septiembre de 2007 y resultó ganador, llenando de júbilo a los neodemócratas que veían muy pronto resultados positivos tras el rediseño de Layton para concentrar sus esfuerzos y allegarse distritos específicos hasta entonces en manos de sus rivales.

A partir de ese momento, Layton decidió otorgar una importancia central a Quebec en su estrategia de expansión, por lo que nombró a Mulcair líder adjunto del partido en el Parlamento, de ese modo expresaba que el perfil del NDP en Quebec sería más activo de ahí en adelante (Laycock y Erickson, 2015: 70).

Conforme transcurría 2008, fueron más agresivos los mensajes conservadores en contra de Dion, incluso cuestionando su capacidad para dirigir al Partido Liberal y para ser primer ministro. Los ataques comenzaban a ser de índole personal, criticándolo por su aspecto aparentemente distraído, y

también racistas, aludiendo a su marcado acento francés. Mientras esto sucedía, los índices de aprobación del primer ministro Harper se incrementaban, invitándolo a pensar en la posibilidad de un llamado adelantado a elecciones, pese a que él mismo había propuesto y aprobado en 2007, con el apoyo del Parlamento, una ley que impedía tal situación.

Dicha tensión parlamentaria se incrementó una vez que el Partido Liberal propuso al pleno, a mediados de 2008, su plan verde para disminuir las emisiones contaminantes. Esta propuesta tenía como objetivo propiciar una campaña en la cual se contrastaran las posturas de liberales y conservadores. La respuesta del gobierno de Harper fue rechazar por completo tal plan, acusando a los liderazgos liberales de no ser sensibles a la aguda crisis económica mundial de ese año, generada por la quiebra de inmobiliarias estadounidenses. De este modo, los conservadores se hicieron pasar por los defensores del empleo y los bajos impuestos, mientras los liberales figuraban como promotores de un nuevo plan tributario destinado a mejorar la calidad ambiental en el mediano plazo.

Esta campaña conservadora tuvo efectos favorables a sus promotores, pues el temor de los canadienses a perder su empleo llevó a aquéllos a escalar en la intención de voto nacional, al tiempo que los liberales perdían terreno frente al Partido Neodemócrata y los verdes, que cuestionaban los métodos empleados por Dion, al politizar un tema de interés nacional, cayendo en la trampa del primer ministro y provocando que la ciudadanía tuviera que asumir uno de estos bandos: apoyar la protección al medioambiente o privilegiar los empleos y los bajos impuestos en un momento de crisis e incertidumbre globales.

Paradójicamente, este falso dilema construido por los conservadores los llevó a alcanzar elevados índices de intención de voto, al tiempo que los liberales caían. Aunado a lo anterior, Layton logró establecer alianzas con el Bloque Quebequense y que se votara en contra de todas las legislaciones propuestas por el gobierno minoritario de Harper, mientras los liberales no tenían más remedio que apoyar al gobierno conservador con sus votos parlamentarios pues, de lo contrario, la situación serviría de pretexto a Harper para convocar a elecciones anticipadas en momentos en que el Partido Liberal se encontraba maltrecho y con un liderazgo muy cuestionado dentro y fuera de sus filas.

Por eso, en los medios canadienses se decía que la verdadera oposición al gobierno conservador se estaba dando con el Partido Neodemócrata y sus

treinta diputados liderados por Layton, los cuales representaban poco más del 16 por ciento de la Cámara de los Comunes. Así, se creó la impresión en la opinión pública de que era el propio NDP el que estaba dando la batalla al gobierno y no Dion y los liberales (McGrane, 2019: 145).

En este escenario favorable, Harper decidió violentar la ley que él mismo había propuesto y convocó a elecciones adelantadas para el 18 de octubre de 2008, argumentando que la situación económica mundial requería un gobierno más fuerte para proteger la economía. Ante los cuestionamientos a esta decisión, declaró que sus asesores y abogados le señalaron que la ley no impedía que el primer ministro solicitara a un tercero, en este caso al gobernador general, disolver el Parlamento y, por ende, convocar de manera automática a elecciones anticipadas (Santín, 2014: 123). De esta forma, al igual que lo hizo Chrétien en su oportunidad, Harper llevó a cabo este movimiento con el único afán de reposicionar a su partido en el Parlamento e incluso de alcanzar un gobierno de mayoría.

Una vez puesta en marcha la campaña Layton, que se había mantenido al margen de la discusión en torno al plan verde, arremetió en contra del proyecto liberal señalando que en realidad no obligaba a las grandes compañías contaminantes a pagar sus multas y que, dados los antecedentes del partido, no había garantía de que dicho dinero llegara a los más necesitados. También señaló que los elevados índices de emisiones de GEI se habían originado durante los gobiernos liberales, que nunca escucharon la alerta neodemócrata; además, que el NDP tenía un proyecto eficaz para ir reduciendo esta problemática, pero que ni conservadores ni liberales se habían detenido a analizarla. Al mismo tiempo, Thomas Mulcair, el único diputado neodemócrata por Quebec, afirmaba que el impuesto del plan verde perjudicaría a los contribuyentes menores, pues acabarían pagando más por la energía doméstica y al mismo tiempo sería una molestia para las empresas del ramo (Galloway, 2008).

Mientras los neodemócratas señalaban las fallas del plan verde, aprovechaban los resultados de los estudios realizados por su oficina de campaña instalada desde 2006 para exponer desde plataformas electorales las contradicciones de los dos partidos dominantes. Debe señalarse que esta oficina permanente del NDP estuvo lista para entrar en acción justo después de que Harper adelantara la elección de 2008. Lo anterior se hizo evidente una vez que los neodemócratas comenzaron sus giras, pues los liberales no tenían

preparado ni siquiera un avión para trasladar a su líder y el equipo a los actos de campaña, viéndose obligados a realizarlos en sus bastiones de Ontario, hasta poder alquilar una aeronave o adquirir boletos en vuelos comerciales. Esto retrasó su arranque nacional, quedándose a la zaga de sus opositores.

Para ese momento, la mejora en los índices de aprobación de Layton y su partido era visible, pues el NDP no había tenido el empuje de un liderazgo brillante desde los años ochenta con Ed Broadbent. Así, Layton emprendió una campaña cálida y casual, con discursos muy certeros, buscando sobre todo conectar con los jóvenes y promoviendo la esperanza en un país mejor. Procuró aprovechar el impulso que Barack Obama estaba teniendo en Estados Unidos durante su campaña. En este sentido, decidió sustituir en sus anuncios las siglas NDP por la palabra “neodemócrata”, y así relacionar su postura con la de los demócratas del país vecino (Lavigne, 2013: 149), que en esos tiempos recibían un fuerte respaldo de parte de los jóvenes, quienes quedaban cautivados con los discursos y la vehemencia del carismático e inteligente Obama.

Incluso, Layton buscó acercamientos con el equipo del político estadounidense, llegando a sostener charlas con el entonces candidato a vicepresidente, Joe Biden, con quien intercambió puntos de vista sobre la crisis económica de 2008 y sus efectos en la campaña electoral canadiense. En este sentido, el NDP y Layton redirigieron su mensaje, orientándolo más a la solución de problemas en la economía familiar y no tanto a la macroeconomía, que era el tema favorito de los conservadores (Lavigne, 2013: 149-150).

Por otra parte, ciñéndose a lo establecido por Layton para detectar debilidades en distritos específicos favorables a sus oponentes, el NDP dirigió su atención a contar con reductos en todo el país. Así, con las consignas de que Layton buscaba en realidad el trabajo de Stephen Harper y que los canadienses eran sus contratantes —y por ende sus patrones—, el NDP eligió varios distritos en los cuales instalarse y desde ahí comenzar una propagación neodemócrata. En primer lugar, se fijó como meta conquistar Edmonton Strathcona, en Alberta, donde el partido no había logrado nunca una curul. En segundo lugar, se buscó obtener la victoria en los distritos de Gatineau en Quebec, St. John East en Terranova y Labrador, Welland en el suroeste de Ontario, y Sault St. Marie en el norte de la misma provincia (Lavigne, 2013: 152). Vale la pena resaltar que esta ambiciosa estrategia de Layton dio resultados, excepto en Gatineau, pues en el resto de las llamadas “cabezas de playa”, usando

un término de estrategia militar, los neodemócratas lograron arrebatar asientos a liberales y conservadores para proyectar batallas electorales.

Por otra parte, los debates televisivos fueron un buen momento para contrastar personalidades, pues en buena medida ésta es su función, al revelar detalles ocultos de los líderes —o candidatos— que no pueden ser escondidos o manipulados por sus equipos de campaña. Así, en los debates de 2008, el primer ministro se concentró con éxito en desacreditar las propuestas e imagen de Stéphane Dion. Por su parte, Jack Layton buscó de forma hábil evidenciar las contradicciones del primer ministro, al demostrarle que no existía un plan económico para el país, y que, sí lo había, Harper lo tenía “escondido debajo de su suéter”, lo que dejó sin respuesta al conservador, que era especialista en ironizar y burlarse de forma sutil de sus oponentes; sin embargo, en esta ocasión no atinó a contestar a Layton de forma rápida y mejor guardó silencio.

El verdadero problema para los neodemócratas y el propio Layton fue Elizabeth May, líder del Partido Verde, quien no perdió oportunidad para atacarlos buscando arrebatarles votos; no obstante este golpeteo sistemático en cada debate, Layton centró sus cuestionamientos en Harper, dejando de lado las diatribas de la líder verde, pues en todo momento estuvo consciente de que no era adecuado cuestionar las justas demandas progresistas del Partido Verde ni mucho menos atacar personalmente a May, la cual, por cierto, fue muy criticada por haber establecido acuerdos con el líder del Partido Liberal para que éste no presentara candidatos a su distrito en la provincia de Nueva Escocia, y así no restarle votos frente al titular de la curul, Peter MacKay, una poderosa figura conservadora que había hecho posible la fundación del actual Partido Conservador junto con Harper.

Las elecciones se celebraron el 14 de octubre de 2008 y, como se esperaba, el Partido Conservador fue el vencedor, pero no alcanzó gobierno de mayoría al ganar 143 curules de las 308 en disputa; es decir, le faltaron 12 para lograr su objetivo. La estrategia de golpear a Dion fue fructífera para Harper, pues los liberales consiguieron sólo 77 asientos, 18 menos que en la legislatura anterior, mientras que el Bloque Quebequense mantuvo su posición predominante en la provincia tras obtener 49 diputaciones.

Estos números se dieron al tiempo en que el Partido Neodemócrata incrementó su bancada al pasar de treinta a treinta y siete curules. En términos regionales, la meta de Layton de alcanzar “cabezas de playa” para concentrar

sus fuerzas en provincias adversas resultó positiva tras ganar un distrito en la conservadora Alberta, justamente el de Edmonton Strathcona, que fue donde el partido concentró sus esfuerzos. En Columbia Británica obtuvieron nueve escaños; en Manitoba, cuatro. Las provincias del Atlántico mantuvieron en Nueva Escocia y Nuevo Brunswick sus tres tradicionales curules y se sumaba una por Terranova y otra de los Territorios del Noroeste. Por su parte, en Ontario incrementaron su bancada a diecisiete asientos. Quebec retuvo el de Thomas Mulcair para la causa neodemócrata, pero no lograron conquistar Gatineau, que había sido la meta para la provincia.

En realidad, las elecciones de 2008 fueron positivas para el NDP: su porcentaje de voto nacional aumentó del 15.7 en 2006 al 18.8 por ciento; sin embargo, se habían proyectado mejores escenarios debido al desencanto liberal. Un factor que definitivamente jugó en contra del NDP en ese proceso fue el crecimiento del Partido Verde gracias a la belicosidad de su líder, que centró su artillería en la dirigencia neodemócrata, atrayendo la atención a su causa y dispersando los votos progresistas pues, pese a no alcanzar ninguna curul, el Verde obtuvo casi el 7 por ciento del sufragio. En tal sentido, ahora el NDP podía responsabilizarlo de quitarle votos y permitir el triunfo de los conservadores, de la misma forma en que los liberales acusaban tradicionalmente al NDP de lo mismo.

Las elecciones federales de 2008 fueron particularmente interesantes en Canadá, no solamente por el típico reacomodo legislativo tras cada proceso, sino porque la oposición mayoritaria buscaría frenar al gobierno de Stephen Harper destituyéndolo mediante uno de coalición integrado por neodemócratas, liberales y el Bloque Quebequense con el argumento de que no era un político confiable, pues violó una ley que él mismo había aprobado, sacando provecho de su lugar en las encuestas. Esta propuesta perfiló al primer gobierno coaligado en la historia política canadiense.

El suceso que permitió este acuerdo entre la oposición fue la propuesta fiscal del mando conservador, que incluía el fin de los subsidios trimestrales federales a los partidos políticos, al tiempo que limitaba las donaciones de particulares a cien mil dólares por individuo al año. Esta situación no afectaba al Partido Conservador porque su base de patrocinadores era muy numerosa comparada con las de los otros partidos, incluyendo a los liberales, que veían superada la disposición de sus donantes en un 400 por ciento (Dryden, 2010: 112).

Estas nuevas restricciones propuestas por Harper amenazaban incluso la operación de todos los partidos políticos, sobre todo la del Neodemócrata, que con muchos esfuerzos había logrado colocarse en la esfera política gracias a las contribuciones de colectivos que, como organismos, también podían ser considerados por dicha ley como una sola persona moral, limitando de este modo los patrocinios por recibir. Por ello Layton tuvo la iniciativa de acercarse a la dirigencia liberal y proponerles sumar esfuerzos para establecer un gobierno de coalición con Stéphane Dion al frente.

El mecanismo incluía una declaratoria de falta de confianza hacia el primer ministro emitida por la mayoría parlamentaria, hecha oficial a partir del 1° de diciembre de 2008, es decir, tan sólo mes y medio después de las elecciones federales. La única condición era esperar la confirmación de la gobernadora general Michaëlle Jean (2005-2010), quien se encontraba en una gira de trabajo por Europa. Este acuerdo de gobierno expiraría a finales de junio de 2011 cuando se convocaría a nuevas elecciones (CBC News, 2008a).

El constructor de esta inédita alianza opositora confirmaba así sus talentos políticos y la visión para poner contra la pared al gobierno de Harper con solamente sus treinta y siete diputados. Esta estrategia neodemócrata se concretó desde que el propio Layton tomara la dirección de sus campañas federales de 2004, 2006 y 2008, y decidiera instalar otro equipo de trabajo que redactara un documento en el que se hicieran recomendaciones al partido una vez transcurridas las elecciones respectivas. Precisamente, como resultado de la labor de este equipo de trabajo poselectoral en 2008, Layton y sus asesores concluyeron que la única forma de contener el avance de los conservadores era conformar un gobierno de coalición. Así, la iniciativa presupuestaria de Harper permitió a Layton proponerlo a Dion (Topp, 2010: 17).

La lectura que tuvo Layton de la situación se originó en su convicción de que el Partido Liberal se dividía en dos ramas: una genuinamente progresista, pero minoritaria, que pugnaba por mejoras sociales, y otra más pragmática que, si bien defendía los principios liberales, privilegiaba la macroeconomía. Por ello, a su juicio, plantear un gobierno coaligado con los liberales lograría que los sectores más progresistas de ese partido se aliaran con los neodemócratas, que podrían ocupar ministerios dedicados a la atención social con un mayor compromiso (Topp, 2010: 63). De hecho, la propuesta oficial de este tipo de gobierno otorgaba seis ministerios de carácter social al NDP y los dieciocho restantes al Partido Liberal, mientras que el Bloque Quebequense

se comprometía a apoyar en el Parlamento las decisiones de este gobierno durante dieciocho meses (CBC News, 2008b).

Una vez declaradas las intenciones y conformado este nuevo gobierno, Harper emprendió una campaña nacional para desacreditar a la oposición y, en una acción legal, pero ilegítima, pidió una reunión secreta con Jean, la gobernadora general, para poner en pausa al Parlamento y presentar una nueva propuesta fiscal que eliminara las restricciones económicas a los partidos políticos. Esta reunión tuvo lugar la noche del 4 de diciembre de 2008, después del regreso adelantado de la gobernadora general. Allí se decidió suspender las labores parlamentarias hasta finales de enero de 2009, dejando sin efecto la declaratoria del gobierno de coalición, simplemente porque éste no podría ejercer ninguna acción con un Parlamento cerrado (Santín, 2014: 140-141).

Esta decisión también dejó sin efecto toda gestión legal de dicha coalición y provocó la salida de Stéphane Dion, que ya se encontraba en una situación muy vulnerable en su partido, lo que lo había llevado a renunciar y a comprometerse a convocar a elecciones internas una vez iniciado el nuevo gobierno. En realidad, su salida fue resultado del resentimiento de las elites liberales, que no le perdonaron llegar a un acuerdo con la izquierda encabezada por Layton sin consultarlas y por hacerlo público sin proponerlo antes al resto de su partido.

El proceso poselectoral de 2008 permitió observar de manera clara el funcionamiento del sistema político canadiense y sus elites, pues la inédita coalición opositora, su desarticulación desde la oficina de la gobernadora general en acuerdo con el primer ministro de un gobierno minoritario y la destitución apresurada de Dion al frente de su partido mostraron el estilo de toma de decisiones cupulares entre liberales y conservadores. Ello evidenció que el Partido Liberal prefiere ser oposición de los conservadores antes que coger con la izquierda y acceder a sus presiones para extender su agenda social.

En cuanto Dion fue obligado a renunciar, Michael Ignatieff fue nombrado líder interino y en su primera acción oficial desconoció la coalición con los neodemócratas afirmando que no era su intención —mucho menos su principal objetivo— derribar el gobierno minoritario conservador. En ese proceso, el exlíder neodemócrata Ed Broadbent intervino para buscar retomar el proyecto de coalición con el nuevo líder liberal, pero su postura estaba definida al declarar que pensaba apoyar la nueva propuesta presupuestal

conservadora, de enero de 2009, con lo que la coalición quedaba rota de manera unilateral.

Ignatieff se dirigió a Layton y le expresó sus dudas acerca de la legitimidad de dicha coalición; le mencionó que liberales y neodemócratas tenían tradiciones partidistas diferentes y que ello impediría que tal plan tuviera éxito. La respuesta del neodemócrata fue implacable ante los medios, afirmando que con esta acción Ignatieff no podría distinguirse del primer ministro. Expresó, además, que la decisión sería algo con lo que el liberal tendría que lidiar y que ya podía verse con claridad la verdadera coalición en el Parlamento, una entre liberales y conservadores (Topp, 2010: 166-171).

Algo interesante y positivo para el Partido Neodemócrata durante esta frustrada experiencia de gobierno coaligado quizá haya sido que se mostraron la voluntad y los talentos de su dirigente para mantener a raya a un político disruptivo como Harper, quien no se detendría hasta lograr su meta de un gobierno mayoritario con miras a su ambicioso proyecto conservador de alcance nacional. Ciertamente, tal y como lo vaticinó Layton, el liderazgo de la oposición mayoritaria de Ignatieff en el Parlamento fue un desastre, ya que a pesar de los apoyos esporádicos del Bloque Quebequense, en general su labor como líder opositor no pudo consolidarse, pues el NDP de ninguna manera iba a apuntalar una posible elección adelantada que permitiera al liberal acceder al poder, tras su decisión de desconocer la alianza de finales de 2008.

Ignatieff, que finalmente fue electo titular de su partido en mayo de 2009, se enfrentó entonces a tres dirigentes experimentados en la arena política: un astuto y a veces inescrupuloso Stephen Harper, que mantenía su obsesión de lograr un gobierno mayoritario; un pragmático líder del BQ, Gilles Duceppe, que había creado un bastión casi inexpugnable en Quebec, y un hábil e inteligente líder del Partido Neodemócrata, organismo que había encontrado en Jack Layton a una figura con reconocimiento nacional, con muy buena imagen pública, incluso en Quebec, que suele manifestar posiciones contrarias al partido conservador en turno.

Muy pronto se hizo evidente que la división opositora terminaría beneficiando al gobierno de Harper, y así fue como un desesperado y molesto Michael Ignatieff buscó adelantar las elecciones a finales de 2009, después de analizar que las preferencias electorales hacia su partido podían bajar en los meses siguientes; sin embargo Layton, consciente de que la aprobación a su figura iba aumentando entre los sectores de jóvenes, se negó a secundar esos

planes y, en su lugar, propuso incrementar el trabajo legislativo para beneficiar a más ciudadanos, dejando de lado los protagonismos y las peleas escolares en las que parecían haberse enredado el primer ministro y el líder del Partido Liberal (Kieltyka, 2009).

Con esta estrategia, Layton dejó en claro a los liberales que no podrían contar con los neodemócratas, a menos de que se comprometieran de forma genuina con ellos; esto, una vez que los liberales y el Bloque Quebequense solicitaron a Layton suscribir una convocatoria adelantada a elecciones federales para el otoño de 2009, propuesta que él rechazó de manera pública. En cambio, aprovechando el impulso mediático de que gozaba, comenzó a diferenciarse del líder conservador a nivel nacional en temas como salud pública, medioambiente, unidad nacional, impuestos y pobreza. Por otra parte, a nivel de la provincia de Quebec, Layton fue un duro crítico del BQ al acusarlo de aliarse con el Partido Liberal para derribar a Harper, pretendiendo beneficiar a Ignatieff, que había traicionado al propio Bloque Quebequense y con ello a la provincia.

De ese modo, Layton dirigió dos campañas. En estos ejercicios mediáticos, él y el NDP defendían el medioambiente, las artes, la cultura y los matrimonios entre personas del mismo sexo, mientras criticaban a Harper y a los conservadores, y al mismo tiempo promovían su visión pacifista al desaprobando la guerra en Irak (McGrane, 2019: 149).

A finales de 2009, la estrategia de Layton ya estaba en marcha al invertir una buena parte del presupuesto del NDP para atraer a votantes de Quebec. El mensaje que quería enviar a través de comerciales televisivos, con imágenes de hámsteres corriendo en una rueda hacia ningún lugar, parecía aludir al Bloque Quebequense y su nula capacidad para representar y defender los intereses de la provincia más allá de Quebec, además de que no mostraban aptitudes para conformar alianzas parlamentarias, dado su frecuente cambio de rumbo según las circunstancias. Dichos comerciales también presentaban al NDP como la única opción para defender los intereses quebequenses mediante acuerdos parlamentarios amplios. Tales anuncios y propaganda insistían en que Layton, de forma natural y sin esfuerzo, defendía los mismos intereses de Quebec: pacifismo, desarrollo sostenible y defensa y promoción de la lengua francesa. Thomas Mulcair aparecía de manera recurrente en estos comerciales como la figura neodemócrata en la provincia (McGrane, 2019: 158).

Sin embargo, mientras estas campañas buscaban acercar al NDP a los quebequeses, la popularidad de Harper se incrementaba de forma acelerada, sobre todo por las malas decisiones de Ignatieff, quien incluso ya había dado lugar a una campaña en su contra, dentro de su propio partido, por su actitud displicente y el poco interés en escuchar a sus más cercanos. Por su parte, el apoyo recurrente de Duceppe a Harper fue minando su aprobación en la provincia que mayor animadversión expresaba al gobierno conservador, debido, entre otras razones, a sus posturas poco claras en relación con la equidad de género, los derechos humanos y la defensa cultural quebequense.

En ese contexto, con un gobierno conservador fortalecido por las divisiones de la oposición, el primer ministro se encontró en posibilidades de adelantar las elecciones tras negarse de forma reiterada a responder los cuestionamientos y peticiones de transparencia en torno al presupuesto militar y a su proyecto de compra de aviones de combate F-35. Su estrategia fue negar el acceso a la información alegando protección a la secrecía y la seguridad nacional. Por tanto, Ignatieff decidió emitir un voto de falta de confianza en el primer ministro a fin de celebrar elecciones federales anticipadas, justo cuando los índices de aprobación de Harper se encontraban muy arriba y los del liberal muy abajo.

Esta iniciativa fue apoyada por el Bloque Quebequense y el Partido Neodemócrata que, por el contrario, se encontraba muy bien posicionado en las encuestas. Así, una vez declarada la suspensión parlamentaria se determinó llevar a cabo los comicios el 2 de mayo de 2011. Las campañas estuvieron otra vez plagadas de descalificaciones entre los líderes liberales y conservadores, y los segundos aprovecharon su efectividad mediática y fueron implacables con Ignatieff al subrayar en sus *spots* televisivos que pasó fuera de Canadá treinta y cuatro años por su labor académica y periodística, alternando su residencia entre Gran Bretaña y Estados Unidos, afirmándose con ello que el liberal “sólo estaba de visita” y que en realidad era un tipo ambicioso que no se había involucrado a fondo “en todo esto (es decir, en la política) por Canadá” (*Parli. The Dictionary of Canadian Politics*, 2021).

De esta manera, el Partido Liberal fue perdiendo empuje, lo que benefició al Neodemócrata, ya que miles de progresistas liberales no veían en Ignatieff a un político confiable, menos aún a un primer ministro. Esta situación se presentaba también en Quebec, donde no estaban convencidos de apoyar de nuevo al BQ, frente a la potencial llegada de un gobierno mayoritario

conservador. Por ello, la campaña neodemócrata en la provincia consistió en llamar a los votantes a enfrentar juntos la amenaza conservadora de Harper, que seguía despertando animadversión en amplios sectores locales.

Así, Layton y el NDP aprovecharon que liberales y conservadores concentraron sus fuerzas en desacreditarse mutuamente, al igual que el Bloque Quebequense se limitó a atacar a Harper y a su partido, beneficiándose con su mala imagen en la provincia. De esa forma, todos los partidos grandes subestimaron al NDP y no formularon ataques ni señalamientos a su líder (McGrane, 2019: 159-160), el cual sí que aprovechaba todos los recursos mediáticos a su alcance para denunciar la situación política y presentarse a sí mismo como una opción viable.

Esta subestimación tuvo consecuencias concretas en los debates televisivos del 12 y el 13 de abril de 2011. En éstos, con un nuevo formato más abierto al intercambio de ideas e interpelaciones directas, Harper e Ignatieff comenzaron con discusiones acaloradas, y de hecho, este último sorprendía por su vehemencia al encarar al primer ministro; sin embargo, el momento climático llegó cuando Layton afirmó que el liberal no podía aspirar a la primera magistratura del país porque durante su gestión como líder de toda la oposición se había ausentado del 70 por ciento de las votaciones parlamentarias sin justificación. La molestia e incomodidad de Ignatieff fue evidente, pero se limitó a responder que no tenía que ofrecerle explicaciones de su trabajo.

A partir de esa intervención de Layton, el discurso del liberal comenzó a menguar durante el debate, y el protagonismo lo asumieron el neodemócrata y Harper, al grado de que las preguntas que el primero hacía al segundo eran respaldadas por Ignatieff y Duceppe, quienes exigían al primer ministro responder.

Una vez culminados los debates, las encuestadoras colocaron a Layton y a su partido en segundo lugar. Fue entonces cuando las estrategias del Partido Liberal y el Bloque Quebequense hicieron a un lado las críticas al gobierno conservador y se centraron en el NDP, en un intento de no perder mayores espacios. Esta actitud abiertamente derrotista de ambos liderazgos terminó por llevar a miles de votantes a la causa neodemócrata, que se presentaba como la única viable para hacer frente al gobierno de mayoría conservadora que se avecinaba, proyectando a Layton como el único capaz de lograrlo.

Las elecciones sucedieron según lo planeado y el Partido Conservador concretó la meta que se había planteado Stephen Harper desde hacía 8 años: alcanzar un gobierno mayoritario tras obtener 166 curules de las 308 en disputa;

sin embargo, estos comicios fueron extraordinarios para la izquierda partidista canadiense, ya que después de poco más de un siglo de existencia había roto la barrera del bipartidismo liberal-conservador al arribar al segundo puesto, sumando 103 asientos. Este crecimiento abrupto del NDP se dio, en buena medida, por la pérdida de votos para los liberales y el Bloque Quebequense, pues los primeros tuvieron su peor resultado en la historia al retener sólo 34 lugares, y el segundo solamente 4 curules parlamentarias después de haber mantenido más de 4 decenas en cada elección. Los 308 sitios se completaron con el primero que ganó el Partido Verde en la Columbia Británica.

Tras las elecciones federales de 2011, la bancada neodemócrata quedó de la siguiente forma: mantuvo su cabeza de playa en Alberta, en Edmonton Strathcona, en Columbia Británica aumentaron de nueve a doce, en Manitoba ganaron dos, en las provincias atlánticas de Nuevo Brunswick, Nueva Escocia y Terranova alcanzaron uno, tres y dos, respectivamente. En Ontario incrementaron sus números al pasar de diecisiete a veintidós, mientras que en los Territorios del Noroeste ganaron uno. El éxito fue, sin lugar a dudas, la provincia de Quebec, que se volcó en favor de Layton y sus candidatos con cincuenta y nueve asientos parlamentarios de los setenta y cinco en disputa, dejando claro que querían una oposición férrea al gobierno conservador mayoritario por venir, según pronosticaban las casas encuestadoras antes de la elección.

Desde luego que el porcentaje del voto nacional neodemócrata no tenía precedentes al superar el 30.6 por ciento, prácticamente el doble de lo alcanzado en su mejor desempeño. Así, el fortalecimiento de la derecha en el poder, ahora dentro de un esquema de gobierno mayoritario, y una primera oposición de izquierda firme y bien dirigida por Jack Layton hacían prever la llegada de tiempos intensos, proyectando al Partido Neodemócrata hacia escenarios parecidos al de Gran Bretaña, donde los liberales fueron desplazados por los laboristas para hacer frente al Partido Conservador.

Sin embargo, tres semanas después de entrar en funciones como líder de la oposición en el Parlamento, justo durante el receso de verano, Jack Layton hizo público a finales de julio de 2011 un nuevo brote de cáncer que lo obligaba a alejarse de la política y dejar su encargo parlamentario. Pidió a su coreligionaria, la diputada quebequense Nycole Turmel, que se desempeñara como líder interina hasta que mejorara su estado de salud, pero su extrema delgadez, su voz temblorosa y la dificultad para caminar al llegar a la sala de

prensa para dar su anuncio, junto con la negativa de su gente más cercana a informar sobre el avance de su tratamiento, hicieron suponer a la ciudadanía que se deterioraba rápidamente.

Esta situación se confirmó menos de un mes después de anunciar su enfermedad, cuando en una carta dirigida a la opinión pública se despidió del país. En este documento giraba una serie de instrucciones a su partido; en primer lugar, pedía extender el interinato de Nycole Turmel hasta que se convocara a una nueva convención nacional para elegir liderazgo, y que ese evento debía celebrarse en los primeros meses del año siguiente para permitir a la nueva dirigencia armar su equipo de trabajo y estrategias. Solicitó a sus correligionarios trabajar duro por la gente y ser dignos de la confianza que habían depositado los electores en ellos; a los canadienses les pidió creer que era posible lograr un cambio, pues había alternativas; a los quebequenses les agradeció su apoyo y los conminó a seguir adelante con los diputados del NDP para derrotar a los conservadores; a los jóvenes les agradeció su tiempo y sus ganas de cambiar las cosas así como su empeño por combatir el cambio climático. Por último, pidió que todos estuvieran conscientes de que Canadá era una esperanza para el mundo, y que ese mundo debía ser un mejor sitio para los niños (Turk y Wahl, 2012). Dos días después, el 22 de agosto de 2011, Jack Layton falleció.

El respeto que despertó incluso entre sus oponentes políticos hizo posible que se realizara un funeral de Estado en la capital del país en su honor, con miles de ciudadanos saliendo a las calles para despedirse de él. Un acto similar se celebró en Toronto, en la misma asamblea en donde trabajó varios años e inició su trayectoria política. Ambos acontecimientos fueron transmitidos en vivo por la televisión nacional y en pantallas colocadas afuera de las asambleas de varias provincias, generando tumultos en los jardines en el afán de seguir de cerca las ceremonias. Puede señalarse, sin duda, que además de ser el único neodemócrata en ser honrado con funerales de Estado, las exequias de Layton fueron las más concurridas y vistas, sólo por detrás de las de Pierre Elliot Trudeau en el año 2000.

### **El interinato de Nycole Turmel (2011-2012)**

La diputada por el distrito de Hull-Aylmer, en Quebec, Nycole Turmel, fue la designada, también, para dirigir de forma interina el NDP y encabezar la oposición

en la Cámara de los Comunes una vez acaecida la muerte de Layton. Aunque recién había ganado, por primera ocasión, un asiento parlamentario, desde principios de los ochenta había fungido como líder y representante sindical en su provincia de origen, siendo reconocida como una activista y promotora de los derechos laborales en el sector público, lo que en los noventa la llevó a ser la vicepresidenta ejecutiva de la Alianza de Servicio Público de Canadá (Public Service Alliance of Canada, PSAC), considerada desde la década de los sesenta la mayor central sindical de servidores públicos, con representaciones en las diez provincias y los tres territorios.

Después de distinguirse como promotora de la equidad salarial y defensora de los derechos laborales, Turmel se convirtió en la primera mujer en asumir la presidencia de la PSAC, durante el periodo 2000-2006, etapa que la encumbró como una dirigente capaz, tras organizar con éxito una gran huelga nacional en 2004, en donde cien mil trabajadores al servicio del Estado demandaron la creación de un fondo extra para que el sindicato pudiera destinar recursos a emergencias sociales de sus agremiados, a la organización de campañas nacionales e internacionales de combate a la pobreza, así como a cursos de politización de sus integrantes, entre otros beneficios (Duffy, 2011).

Una vez cumplida su gestión al frente de la PSAC, Turmel se dedicó a promover los derechos de la mujer y a trabajar como defensora de los jubilados en su provincia. Esta labor la llevó a involucrarse de manera más activa en la política, por lo que pudo competir por un asiento en las elecciones provinciales de 2009, en las cuales fue derrotada por un estrecho margen. Si bien fue militante del NDP desde principios de los noventa, su actividad sindical no le permitió involucrarse en tareas de gran calado a nivel nacional; sin embargo, una vez jubilada de la PSAC dirigió por completo su atención a la política de carácter nacional y se incorporó al equipo cercano de Jack Layton, quien la conocía por su labor sindical.

Como parte de la exitosa campaña federal de 2011, fue nombrada candidata por Hull-Aylmer sin haber competido por un asiento a nivel federal, que era el mismo caso de otros muchos candidatos del NDP en Quebec; sin embargo, la campaña y el empuje de Layton resultaron benéficos para ellos. Estas elecciones dieron a Turmel un asiento en su distrito, que ganó por un amplio margen. Se incorporó como diputada en la XLI Legislatura, de junio a principios de agosto de 2011. Si bien Layton la propuso como líder interina del partido y de toda la oposición tras anunciar su estado de salud a finales de julio, no fue sino

hasta su muerte cuando ella ocupó formalmente el sitio en el Parlamento. Su primer acto público fue encabezar parte de las exequias de Layton en Ottawa.

Este improvisado y apurado encargo se dio justamente cuando el NDP dejó de ser un partido de la periferia política para ocupar un lugar central, circunstancia que, por cierto, estaría plagada de inexperiencia legislativa y enjundiosa juventud, sobre todo entre los parlamentarios quebequeses, pues, para la mayoría, era la primera ocasión que participaban activamente en la política partidista. Entre éstos incluso había estudiantes universitarios que aún no cumplían los veinte años, pero que repentinamente terminaron “derrotando” a experimentados políticos de carrera y exministros de Estado, no por sus cualidades ni por las virtudes de sus campañas, sino por el empuje de la figura de Jack Layton. Algunos de estos nuevos diputados incluso no conocían los distritos que representarían, mientras que otros eran meseros en bares, e incluso estuvieron vacacionando en Las Vegas durante la campaña y aun así ganaron (Wiseman, 2020: 140).

Por todo ello, la bancada neodemócrata despertaba preocupación entre connotados miembros del partido, pues eran conscientes de que la ausencia de Layton dejaba a la agrupación a la deriva, con una dirigencia intranquila y legisladores electos carentes de experiencia y virtudes políticas. En realidad, muchos pensaban que sin Layton el NDP podría desmoronarse (Gidluck, 2012: 14). Estas dudas alcanzaron también a la designación de Turmel como líder interina pues, si bien era conocida como dirigente sindical, no tenía experiencia como legisladora. Ante ello, los más cercanos a Layton afirmaban que su nombramiento obedecía a que era bilingüe fluida, aunque otros mencionaron que, consciente de la gravedad de su enfermedad, Layton eligió a Turmel porque sabía que ella no tenía la fuerza para contender por el liderazgo y esto daría paso a una elección interna reservada para figuras de mayor rango (Gidluck, 2012: 14-15).

De hecho, fue enfática desde el principio de su gestión como interina al señalar que el partido se concentraría en elegir a su nuevo dirigente para encabezar a toda la oposición y hacer frente al gobierno mayoritario de Harper (Gidluck, 2012: 204). De este modo, Turmel se hizo abiertamente a un lado y se enfocó en organizar la convención nacional de manera imparcial, en sus poco más de seis meses en el cargo.

Tras la convocatoria, siete integrantes expresaron sus intenciones de competir, seis de ellos neodemócratas de larga data: Brian Topp (colaborador y

amigo cercano de Layton), Martin Singh, los experimentados diputados Nathan Cullen y Paul Dewar, y las jóvenes, pero veteranas diputadas Nikki Ashton y Peggy Nash. La lista la cerraba el recién integrado Thomas Mulcair, exliberal que gozaba de la mayor proyección mediática, pero también era objeto de gran animadversión por parte de las cúpulas partidistas, que desconfiaban de su estilo y convicciones.

Esta desconfianza obedecía a sus insistentes comentarios de que el NDP debía modernizarse y superar la retórica en torno a la clase trabajadora al igual que lo habían hecho otros partidos socialdemócratas en el mundo. De la misma forma, Ed Broadbent, exlíder del partido, lo acusó de pretender adjudicarse el éxito del NDP en Quebec, minimizando las gestiones de Jack Layton, e insistía en que Mulcair no contribuía a generar confianza por sus posturas modernizadoras, porque la meta del NDP no era convertirse en otro Partido Liberal, pues eso haría que la gente prefiriera la versión original y no una copia propuesta por su espontáneo liderazgo (Kennedy, 2012).

Su principal contendiente fue Brian Topp, quien había fungido como presidente del partido en 2011, pero cuya labor en el NDP databa de finales de los setenta. Además, era considerado uno de los amigos y operadores políticos más cercanos a Layton. De hecho, cuando éste anunció su enfermedad, Brian Topp se sentó a su derecha y se ocupó de responder las preguntas de la prensa, visiblemente abatido y con la mirada perdida por el impacto de lo que se avecinaba para el NDP, pues sin duda conocía el grave estado de salud de Layton, situación que fue evidente para los presentes en la sala de prensa.

Topp coincidía con los dirigentes del partido en que Mulcair representaba una amenaza para los principios neodemócratas canadienses, pues no había estado afiliado ni había sido seguidor del partido hasta hacía muy poco y, en cambio, como funcionario del gobierno liberal provincial se había destacado por su protagonismo y sus constantes conflictos con el premier Jean Charest, quien luego de varios episodios semejantes terminó despidiéndolo de su gabinete. Por ello, para muchos en el NDP, Mulcair no estaba ahí por su carrera, sino por su oportunismo político y la necesidad del partido de ocupar una cabeza de playa en Quebec, provincia que le había negado al NDP asientos durante décadas.

No obstante, el empuje mediático de Mulcair fue ganando adeptos en todo el país, al presentarse como una figura fresca, con nuevas ideas para expandir la presencia neodemócrata con el objetivo de atraer votantes liberales

descontentos con sus dirigencias locales y federales. Este empuje incluso provocó críticas fuertes hacia Ed Broadbent, por lo cual Topp acudió en su auxilio reforzando la idea de que Mulcair dejaría fuera los valores del partido, aquéllos que los habían llevado al éxito en 2011 de la mano de Layton (CTV News, 2012).

Todo este escenario de encono interno superaba a Nycole Turmel, quien tuvo que concentrar su atención en hacer frente al gobierno mayoritario de Harper, encabezando a la oposición y criticando en cada oportunidad las acciones del primer ministro, como fueron las ayudas gubernamentales a las empresas más grandes y rentables, y su desinterés en brindarlas a los pequeños empresarios. Asimismo, la amenaza de privatizar sectores públicos con la nueva mayoría conservadora, junto con el anuncio de limitar los planes de jubilación ocasionaron que Turmel no pudiera intervenir ni poner en orden a los contendientes por el liderazgo neodemócrata, pues los frentes abiertos en el Parlamento por el gobierno conservador eran muchos. De esa forma Harper, con su mayoría parlamentaria, empujaba propuestas aprovechando no sólo su ventaja numérica en la Cámara de los Comunes, sino también la falta de un liderazgo legítimo en el NDP y entre los liberales, pues estos últimos se encontraban diezmados y sin una cabeza visible tras la renuncia de Michael Ignatieff, tan sólo un día después de las elecciones del 2 de mayo de 2011.

Por ello, la labor de Turmel fue de abierta neutralidad durante el proceso interno, aunado a que su principal responsabilidad era llenar los vacíos de la oposición en el Parlamento, justo en momentos en que el NDP delineaba su futuro en el mediano y largo plazos, optando entre dos vías: apostar por la renovación y modernización partidista con un liderazgo atractivo mediáticamente o seguir la línea trazada por sus fundadores en la que la captación de votos no superara los principios partidistas.

### **Las altas expectativas de Thomas Mulcair (2012-2017)**

La convención interna se celebró el 23 de marzo de 2012 en Toronto, con Mulcair y Topp encabezando las encuestas, seguidos por Nathan Cullen, diputado por Columbia Británica y el miembro del Parlamento neodemócrata con mayor experiencia legislativa al mantener su asiento en cuatro elecciones federales desde 2004.

Mulcair sorprendió gratamente a las bases durante los debates internos, sobre todo por su buena dicción e ideas frescas, como la de realizar referendos entre candidatos verdes, liberales y neodemócratas en todos los distritos conservadores del país para no dividir los votos progresistas y derrotar a los conservadores; o bien, la de proponer abiertamente una reforma electoral como la experimentada en Nueva Zelanda, que permitiría un sistema de representación mixto (Cullen, 2011).

Así, después de la exposición de las plataformas, la primera ronda colocó al frente a Mulcair, seguido de Topp y de Cullen, sin alcanzar el 50 por ciento más uno. Esta situación se mantuvo un par de rondas más, dejando en la misma posición a los tres; sin embargo, al concluir la tercera, Cullen se abstuvo de apoyar a alguno de los punteros, lo que habría inclinado la balanza a su favor —ya fuera Mulcair o Topp—, pues con su 25 por ciento de votación cualquiera de los dos podría haberse declarado ganador. En cambio, pidió a sus seguidores votar como quisieran en la cuarta y última ronda, sin marcarles línea, como suele suceder en este tipo de procesos. En esta última, Mulcair resultó ganador con el 53 por ciento contra el 47 de Topp.

Esto evidenció que en el NDP había una clara división, pues las cuartas rondas solían otorgar triunfos muy claros a los vencedores y no por estrechos márgenes, como en el caso de Mulcair, que asumiría el cargo en medio de cuestionamientos de una amplia base del partido, al igual que de un extenso número de neodemócratas de carrera, como Broadbent y Topp, por considerarlo un agente exógeno, sin una trayectoria neodemócrata auténtica ni antecedentes de liderazgo interno. Esta situación fue tan manifiesta que el primer comunicado del Partido Conservador, una vez declarada oficial la victoria, fue señalarlo como un individuo oportunista, ambicioso y divisivo; por ello, los diputados del NDP cerraron filas en torno a su nuevo líder (Smith y Campion-Smith, 2012).

Con toda esta carga, Mulcair decidió ratificar prácticamente a todo el equipo que trabajó con Layton: a Nycole Turmel la nombró coordinadora del partido en el Parlamento, a la diputada por Columbia Británica, Libby Davies, la ratificó como líder adjunta del NDP, pese a que ella abiertamente había apoyado a Topp y criticado las posturas de Mulcair, señalándolo como conservador por negarse a promover la legalización del consumo de la marihuana, por rechazar la imposición de nuevas cargas tributarias para los canadienses de altos ingresos y por mostrar su apoyo al gobierno de Israel en su

política hacia los territorios palestinos. Se sabía, además, que Davies había sido una de las neodemócratas más cercanas a Layton, pues a ella se le atribuye convencer al difunto líder para contender por el liderazgo nacional del partido cuando éste vivía momentos inciertos (Smith, 2012).

De esa manera, con una operación dirigida a sanar heridas internas y lograr unidad, Mulcair comenzó sus labores legislativas con vigor en un intento por proyectar una imagen firme y fuerte, pero al mismo tiempo moderada y respetuosa en sus discursos, para de esta forma contrastar con el estilo áspero de los diputados conservadores y su primer ministro. De hecho, este habilidoso estilo de hacer política parlamentaria hizo que a Mulcair se lo comparara de forma recurrente en la prensa con el laborista británico Tony Blair. Asimismo, sus modales impresionaron a muchos, entre ellos al ex primer ministro conservador Brian Mulroney, quien afirmó que Mulcair era el mejor líder de la oposición que había visto en el Parlamento desde los años cincuenta del siglo xx, y que él había visto a todos (Wiseman, 2020: 140).

De este modo, con una estrategia y un estilo totalmente diferentes de los de su antecesor, emprendió una serie de profundos cambios en el partido, amparado en los casi sesenta diputados quebequenses que significaban prácticamente el 60 por ciento de la bancada neodemócrata, consistente en ciento tres curules. Estos diputados quebequenses, muchos de ellos políticos advenedizos sin trayectoria previa, pronto se encontraron como parte de una nueva corriente partidista del NDP que buscaba cambiar su cultura política recurriendo a un discurso más orientado al centro, con Mulcair dirigiéndolos (McLean, 2012 :23). Por ello, y ante el temor de debilitar al partido, muchas voces disidentes internas decidieron salir del escenario público o simplemente callar para no beneficiar a sus oponentes, provocando un efecto de olla de presión que tarde o temprano estallaría.

Ante tal escenario, Mulcair fue tomando el control absoluto del partido, amparado en la elocuencia discursiva y la simpatía que generaba entre sectores conservadores tradicionalmente opuestos al NDP. Del mismo modo, distintos medios afirmaban que las regiones liberales y el país en general iban aceptando la posibilidad de que Mulcair luciera como un potencial primer ministro. Esto se reforzaba por su preferencia a mostrarse como un líder moderado que evitaba los choques verbales violentos con sus oponentes en el Parlamento. Incluso reprendió a varios de sus diputados por criticar de manera abierta, ante los medios de comunicación, diversas acciones del gobierno

conservador en el plano interno y también en el contexto de decisiones de carácter internacional, como el apoyo de Harper a Israel y su condena a Irán. Esta estrategia manifestaba que el nuevo NDP buscaba colocar al partido en el centro para atraer votantes (Laycock y Erickson, 2015: 200-201).

Dicha tendencia a la moderación ideológica se hizo más evidente una vez que en la convención neodemócrata de 2013 propuso eliminar de los estatutos del partido, de una vez por todas, conceptos que consideraba incómodos, como socialismo y propiedad social, porque, a su juicio, no era un lenguaje adecuado para los negocios. También cuando afirmó que desde ese momento el partido tenía la obligación de mostrar a los electores el verdadero significado del término “socialdemocracia”, que no era otra cosa que eliminar las desigualdades y mantener un desarrollo económico sostenible. Al final, la convención le otorgó la razón aprobando sus propuestas con 960 votos a favor y 188 en contra (*National Post*, 2013).

Debe recordarse que tales cambios fueron posibles porque su antecesor, Jack Layton, procuró concentrar todo el poder e influencia del partido en el líder en turno y no más en las sedes provinciales y regionales, para así permitirse un mayor margen de maniobra, situación que ayudó a Layton a posicionar al NDP en las elecciones federales de 2011, pero que en 2013, con Mulcair al frente, lo llevaba a rumbos inciertos rechazados reiteradamente por los liderazgos tradicionales neodemócratas, así como por gran parte de sus bases.

La oportunidad de contrastarse con el gobierno conservador y posicionarse entre las bases neodemócratas y la opinión pública llegó en 2013, justo cuando el escándalo por desvío de recursos y corrupción que involucró a prominentes senadores conservadores acaparó los medios de comunicación. Esto fue creciendo una vez que se vinculó a la oficina del primer ministro, tras comprobarse que colaboradores cercanos a Harper habían destinado recursos o justificado gastos de forma indebida a diversos senadores como Patrick Brazeau, Pamela Wallin y Mike Duffy. Los informes de la auditoría afirmaban que dichos personajes habían incurrido en gastos excesivos sin comprobar y, por ello, debían reintegrar decenas de miles de dólares a las arcas públicas.

Varios de los involucrados, como Mike Duffy y Pamela Wallin, señalaron al primer ministro de estar al tanto de la situación y de pretender culparlos mediáticamente de una práctica generalizada entre senadores de distintos par-

tidos, por lo que ellos, decían, estaban siendo víctimas de un linchamiento mediático (CBC News, 2016a). Todo esto permitió a Mulcair, como líder de la oposición, emprender una movilización en el Parlamento que lo hizo ver frente a los medios como el vocero del malestar público, con lo que en ese momento inicia su primera campaña frontal contra el gobierno conservador (Ibbitson, 2015: 366).

De esa forma, su figura comenzó a ser más reconocida en los medios, pues el escándalo ocupó gran parte de las columnas de los diarios y los horarios estelares de los noticieros. Así, aprovechó la coyuntura para mostrarse como un líder vehemente que manifestaba su desconcierto por el abuso de confianza de funcionarios públicos de muy alto perfil, como los senadores en cuestión.<sup>2</sup> Los acusó de hacer campañas encubiertas en favor del Partido Conservador al acumular facturas falsas y utilizar sólo el 10 por ciento para su labor legislativa. Asimismo, los culpó de usar el dinero de los contribuyentes para viajar por todo el país y participar en actividades de su partido para recaudar fondos (Harris, 2015: 324).

De hecho, en distintos medios nacionales se expresaba que el escándalo había llevado a Harper ante un escenario en el que no podía defenderse, pues muchas de las acusaciones lo involucraban. Mulcair aprovechó esto de tal manera que sus intervenciones en el Parlamento eran calificadas como implacables azotes al primer ministro, pues día tras día eran una especie de penitencia que éste debía soportar al no tener respuestas. Incluso, en más de una ocasión Harper se dirigió al presidente de la Cámara de los Comunes para comentarle que no estaba seguro de qué preguntaba Mulcair y, por lo tanto, no sabía qué responderle (Ibbitson, 2015: 372).

De este modo, la popularidad de Mulcair y el NDP creció a niveles nunca vistos, colocándolos en varios momentos en números muy similares a los de conservadores y liberales. En tal sentido, su constancia y su labor parlamentaria llegaron a ubicar al NDP, desde el primer trimestre de 2015, a la cabeza en las encuestas, proyectándolo, en promedio, con ciento treinta asientos, superando a los conservadores, con ciento veinte, y a los liberales, con alrededor de ochenta y cinco. De hecho, el bastión para ese potencial triunfo del NDP se encontraba en Quebec, pues para esos momentos se estimaba

<sup>2</sup> Debe señalarse que, pese a la gran difusión de este episodio en la Cámara alta, los tres senadores involucrados fueron absueltos en 2016, tras reponer los gastos excesivos señalados por la auditoría.

que el partido podría ganar sesenta de los setenta y ocho escaños quebequeses; en Columbia Británica, dieciocho, y en Ontario, treinta y tres. En otras palabras, el NDP se encontraba con el 35 por ciento de posibilidades de ganar, seguido de liberales y conservadores con 29 y 28 por ciento, respectivamente (Armstrong, 2015).

En medio de este frenesí neodemócrata, los liberales decidieron apostar por una imagen fresca y mediáticamente muy poderosa para liderar al partido: Justin Trudeau. El hijo del ex primer ministro Pierre Elliot Trudeau gozaba de una buena acogida entre amplios sectores de la opinión pública. Desde su infancia estuvo rodeado de cámaras y reporteros, y su desarrollo personal ha sido objeto de seguimiento y beneplácito popular, al mostrarse por muchos años como un joven desinteresado de la política, padre de familia, profesor y albacea del legado de la familia.

Empero, la grave crisis liberal tras la gestión de Ignatieff llevó a las elites de su corriente a buscar al joven diputado por Quebec, quien desde la muerte de su padre en el año 2000 decidió incursionar en la política federal y colocarse como un potencial líder tras los reveses y pugnas de los anteriores dirigentes del partido. Su elección interna en una sola ronda, en abril de 2013, planteó un nuevo reto para el mediano plazo a Mulcair, pero la débil posición liberal como tercera fuerza en el Parlamento y sus poco más de tres decenas de diputados no fueron elementos que atrajeron la atención de Mulcair, quien se concentró en desdibujar la figura del primer ministro tras los escándalos de sus correligionarios en el Senado.

Esta estrategia liberal funcionó, pues desde la llegada de Trudeau al liderazgo del partido, los liberales se repositionaron en las encuestas de opinión y mantuvieron un sitio competitivo frente al gobierno conservador y la primera oposición neodemócrata, que aguardaba las siguientes elecciones federales proyectadas para octubre de 2015. Mientras tanto, Mulcair mantuvo el control sobre sus diputados pese a sufrir algunas deserciones y renunciaciones a su partido de parte de diputados inconformes con su estilo vertical que rechazaba las opiniones divergentes. Fueron los casos del diputado por Ontario, Bruce Hyer; los quebequeses Claude Patry y Sana Hassainia, esta última por no compartir la postura proisraelí de Mulcair ni estar dispuesta a votar según lo mandara su líder; también la polémica diputada por la Columbia Británica, Libby Davies, anunció en 2014 que ya no continuaría su carrera política y que sólo esperaría las siguientes elecciones federales para dejar el

cargo; su renuncia se dio después de reiterados conflictos con Mulcair, quien insistía en prohibirle expresar sus opiniones en favor de la legalización del consumo de marihuana y sus críticas al Estado de Israel (CBC News, 2015).

Así, el periodo legislativo 2014-2015 fue de intensa actividad parlamentaria para Mulcair, quien no perdía oportunidad para comparar la plataforma neodemócrata con las acciones de gobierno, con desventaja para éste. Destacan, por ejemplo, las exigencias de transparencia en torno a la compra de los aviones de combate F-35, pues la administración de Harper, escudándose en su mayoría y argumentando que los temas de seguridad nacional eran de su exclusiva competencia, se negaba a clarificar los términos de compra, producción, mantenimiento, entrenamiento de pilotos y adaptación de los artefactos a las condiciones climáticas canadienses.

Este tema en particular se convirtió en un nuevo frente para el gobierno de Harper, pues ciertamente su negativa a aclarar los montos de este contrato obligó a la oposición, en 2011, a adelantar las elecciones, a sabiendas de que el primer ministro y el Partido Conservador se encontraban en condiciones de lograr un gobierno mayoritario, como terminó ocurriendo. Por ello, el asunto de los F-35 reforzó la imagen de la oposición en el Parlamento al sugerir que los costos y la información del posible contrato habían sido una estafa a la opinión pública, ya que la cifra, desproporcionada, de treinta y cinco mil millones de dólares para sesenta y cinco aeronaves resultaba muy cuestionable, incluso en un país con grandes recursos como Canadá. Con motivo de esta nueva batalla, Mulcair afirmó que él estaba convencido de que el gobierno de Harper estaba dando información falsa y manipulada al Parlamento, pues los costos podrían ser incluso mayores, y que eso era peligroso para las instituciones (Harris, 2015: 135).

El tema de los F-35 fue prolongándose en la agenda pública durante 2015, ya que el gobierno evadía su responsabilidad de entregar el expediente del proyecto de compra y los posibles costos a la oposición. Para ese año, las posiciones de los tres líderes eran claras y se perfilaban como tema con miras a los comicios del otoño de ese mismo año. El primer ministro insistía en que la compra crearía empleos en Canadá, ya que diversas partes de los aviones serían construidas en el país y se daría mantenimiento a otras más. El líder liberal, Justin Trudeau, prometía que de llegar a ser primer ministro cancelarían de inmediato la compra de los F-35 y convocaría a una nueva licitación para adquirir aparatos menos costosos.

Por su parte Mulcair, en un intento por definir su propia postura, criticó la poca claridad del gobierno conservador y acusó a Trudeau de carecer de experiencia, pues no debía cancelar un proyecto de compra sin conocerlo. En su lugar, ofreció una nueva licitación en donde se incluiría a los F-35 (Harris, 2015); de esta forma intentó acomodar el discurso neodemócrata en medio de las dos partes discordantes, sin detenerse a considerar que en realidad ése había sido el objetivo liberal de Trudeau, es decir, contraponer a liberales y conservadores en un tema controvertido, mientras que el NDP, de manera involuntaria, quedaba excluido buscando una solución intermedia para ganar votos, y ése quizá era uno de los grandes problemas de Mulcair, pues su obsesión por atraer nuevos votantes lo hizo pasar por alto que el NDP había sido fundado con sólidas bases pacifistas, y la posible compra de aviones de combate de quinta generación —invisibles al radar, capaces de dar giros sobre su propio eje en 360 grados suspendidos en el aire, junto con sus características de ataque furtivo— no parecía un asunto idóneo para una nación que no se había enfrascado en ninguna guerra de invasión por iniciativa propia, más allá de la toma de Washington en agosto de 1814, cuando al lado de Gran Bretaña, las fuerzas armadas canadienses incendiaron la Casa Blanca y el Capitolio.

Si bien el asunto de la renovación de la flota aérea canadiense acaparó la atención durante todo el gobierno de Harper, el tiroteo ocurrido en el Parlamento en Ottawa, en octubre de 2014, derivó en una serie de polémicas reformas en materia de seguridad y vigilancia interna que partió al Parlamento en dos fracciones. El motivo fue que Harper consideró dicha acción como un acto terrorista y por ello decidió poner en marcha una serie de enmiendas legislativas dirigidas a combatir amenazas a la seguridad del país. Por ello, su gobierno propuso leyes para el intercambio de información entre agencias canadienses, la revisión de documentos para viajeros aéreos, la integración de servicios de inteligencia para vigilar a sospechosos de actividades presuntamente terroristas, sin considerar el derecho a la privacidad, pues la iniciativa del primer ministro incluía vigilancia cibernética individual.

Este proyecto en su conjunto fue conocido, en términos parlamentarios, como Ley Antiterrorismo (*Bill C-51*), la que recibió una lectura legislativa aprobatoria en febrero de 2015 al contar con el apoyo de 176 diputados y la oposición de 87. Esta lectura obligaba a los otros líderes del Parlamento a revisar el documento y a proponer enmiendas para una posterior aprobación.

Al inicio, Mulcair asumió una postura moderada, tras señalar que esta ley podría convertirse en un instrumento peligroso e ineficaz (CBC News, 2015), pero no la criticó de forma abierta; optó por esperar a conocer las reacciones de los demás dirigentes parlamentarios, suscitando críticas de connotados neodemócratas como Ed Broadbent, quien pidió a los diputados del partido votar en contra de la Ley Antiterrorismo, sin esperar la línea que marcara su líder (Walkom, 2015).

Todo lo anterior ocurrió mientras Trudeau aceptaba considerar la nueva ley y proponía una serie de enmiendas a la misma, las cuales incluían seguimientos parlamentarios pormenorizados de las acciones del gobierno en su combate al terrorismo, revisiones anuales en la Cámara de los Comunes para adaptar la ley a las necesidades que fueran surgiendo, y delimitación de las atribuciones de los agentes del Estado designados para la protección del país a fin de evitar excesos y detenciones arbitrarias que amenazaran los derechos civiles (Partido Liberal de Canadá, 2015).

Una vez revisadas las propuestas liberales, el gobierno accedió a incluir algunos puntos, pero rechazó revisar la ley cada año, aunque aceptó limitar las acciones de las fuerzas del orden para combatir planes terroristas, salvaguardando así los derechos civiles al evitar detenciones sin orden judicial. Tras estas enmiendas, el Parlamento en su Cámara baja realizó la votación final del proyecto a principios de mayo de ese 2015, alcanzando su aprobación con 183 votos y 96 en contra (CBC News, 2015). Es importante señalar que, si bien el Partido Conservador tenía los votos suficientes para imponer esa ley, el apoyo liberal legitimó el proyecto frente a la sociedad.

Para ese momento, diversos sectores sociales canadienses ya se manifestaban en las calles para rechazar la nueva ley, y ahí es donde pretendió ubicarse Thomas Mulcair, criticando la reforma pese a haber sido discreto durante las discusiones legislativas, en una inacción calculada para medir los efectos entre la opinión pública de dicho instrumento. De este modo, buscó instalarse dentro de los grupos de protesta y al lado de activistas que ya se habían declarado abiertamente en contra, como Amnistía Internacional y Greenpeace, que denunciaban su carácter amenazante en relación con las tareas de militantes o las actividades de grupos de población nativa que luchaban para evitar la instalación de oleoductos en Canadá.

Al mismo tiempo, las encuestas señalaban que la mitad de los canadienses se oponía a las reformas en materia de seguridad aprobadas por conservadores y

liberales, mientras que sólo un tercio las respaldaba. Justo en esos momentos, la popularidad de Mulcair alcanzó máximos históricos, al ubicarse a la cabeza en las preferencias para ocupar el cargo de primer ministro, lo que ocurrió de mayo a agosto de 2015, demostrando que, al menos hasta esos meses, su estrategia para atraer nuevos votantes —al mostrarse como un individuo serio, firme y prudente— estaba dando resultados, pues muchos adherentes liberales estaban molestos con Trudeau por su apoyo a la propuesta antiterrorista del gobierno. Una muestra era que se encontraba en tercer lugar de las preferencias a unas semanas de que culminara el mandato de Harper.

Otro elemento que parecía jugar en favor de Mulcair fue el sorpresivo triunfo de la versión provincial del NDP en Alberta en mayo de 2015, debido sobre todo a conflictos entre los partidos de derecha en esta provincia tradicionalmente conservadora, situación que dividió los votos, permitiendo a Rachel Notley llegar a premier. Este inédito triunfo parecía dirigir al partido a una victoria federal, pues en esos mismos momentos el rechazo del NDP a votar en favor de la ley de Harper inclinó las preferencias hacia su causa; sin embargo, es necesario aclarar que en diversas provincias el voto en favor de un partido no necesariamente asegura que a nivel federal suceda lo mismo, y el caso de Alberta es el mejor ejemplo, pues en las elecciones provinciales de mayo de 2015 la sección local del NDP obtuvo cincuenta y cuatro de los ochenta y siete asientos, alcanzando incluso un gobierno de mayoría, mientras que en las federales, cinco meses después, el resultado fue diferente.

Lo anterior obedece a que las dirigencias partidistas en las provincias responden más a las demandas sociales que a los planteamientos ideológicos a nivel federal. Así, la premier Notley tuvo, durante su mandato de 2015 a 2019, posturas y acciones de gobierno abiertamente en favor de la explotación de las arenas bituminosas y fuentes de energía fósil, aunque las directrices del NDP a nivel federal la rechazaban. De hecho, el conflicto surgido a raíz del proyecto de expansión del oleoducto Kinder Morgan, que corre de Alberta hasta las costas de Columbia Británica, es un buen ejemplo. Es decir, mientras que el NDP a nivel federal condenaba la expansión, el gobierno de Alberta la impulsó con fuerza al mismo tiempo que sus pares de extracción liberal y neodemócrata de Columbia Británica la rechazaban abiertamente. Todo ello generó un serio conflicto interprovincial, en el que tuvo que intervenir el gobierno federal apoyando la expansión y, por ende, a la administración neodemócrata de Alberta.

Así, con todas las casas encuestadoras colocando a Mulcair y a su partido a la cabeza, transcurrieron los meses hasta que, en agosto de 2015, Stephen Harper solicitó al gobernador general disolver el Parlamento para convocar a nuevas elecciones federales, una vez transcurridos los cuatro años de su gestión. Según la página Three Hundred Eight, que realizaba un concentrado de todas las encuestadoras canadienses,<sup>3</sup> el NDP inició las campañas federales con una preferencia del 35 por ciento, contra un 29 por ciento de los conservadores y un 27 por ciento de los liberales. En otras palabras, la victoria estaba al alcance.

No obstante, Mulcair no comprendió que una cosa era dirigir al partido en el Parlamento y otra diferente hacerlo en medio de una campaña nacional, pues su equipo más cercano no estaba tan bien preparado como cuatro años antes, durante el liderazgo de Layton. Debe recordarse que éste tenía reuniones semanales con su equipo permanente de campaña para permanecer al tanto de los requerimientos mediáticos del partido; sin embargo, con Mulcair estos ejercicios periódicos se hicieron más complicados debido a su labor legislativa al frente de toda la oposición, lo que, sumado a su poca flexibilidad para escuchar a sus asesores, muy pronto llevó al partido a situaciones contradictorias desde el mismo inicio de la campaña.

Tal estado de cosas comenzó a percibirse con mayor claridad cuando, durante la campaña, se negó a incrementar los impuestos a los canadienses con mayores ingresos, algo que Trudeau hizo uno de los temas centrales de la suya. Asimismo, como parte de esta maniobra liberal para acercarse a los sectores más vulnerables, Trudeau prometió incurrir en déficits presupuestarios a fin de incrementar apoyos sociales y estimular el crecimiento económico, propuesta que también rechazaría Mulcair, quien ofreció un cambio más cauteloso con equilibrio presupuestal. Este choque de posturas lo dejó mal parado, pues insistía en mostrarse como un potencial primer ministro responsable con las finanzas públicas más que como un político cercano a las necesidades y demandas de la población, algo que sí estaba logrando Trudeau (CTV News, 2016), quien conectaba muy bien con la gente y además comenzaba a promoverse como un líder más progresista para un sector del electorado que ante todo buscaba sacar a Harper del poder.

<sup>3</sup> En 2017, Three Hundred Eight y su fundador, Éric Grenier, incorporaron su base de datos y a su personal, como analistas de la CBC, a Poll Tracker (CBC News, 2021b).

Aunado a lo anterior, las divisiones entre el NDP federal y el provincial en Alberta puso frente a frente a Mulcair con Notley, quien se desmarcó de la ambigüedad de su líder respecto de la explotación de las arenas bituminosas. Ella exigía claridad a Mulcair en sus posturas respecto del Manifiesto “Dar el salto” (*Leap Manifesto*) —planteado por un nutrido grupo de ambientalistas, líderes indígenas, artistas e intelectuales encabezado por Naomi Klein—, que demandaba una conversión absoluta en la producción energética canadiense, rechazando la de origen fósil e independizando al país de ella para el 2050 (Leapmanifesto.org, s. a.).

Debido a este documento y a la poca precisión del líder del partido al respecto, Notley se abstuvo de mostrar un apoyo entusiasta a los candidatos del NDP a nivel federal en la provincia y, junto con la Asamblea local, se comprometió a impulsar y defender la explotación de las arenas bituminosas, aunque con ello incurriera en graves contradicciones con las propuestas federales de su propia agrupación. Si bien pidió a sus candidatos abstenerse de apoyar abiertamente el Manifiesto “Dar el salto”, en realidad tampoco lo condenó, poniendo al partido y a sus candidatos en una encrucijada que requería claridad, ya que justo en medio de las campañas había dos grupos de neodemócratas con dos opiniones claras al respecto y un líder que no se definía para no perder votos. Cabe añadir que este manifiesto retomaba las propuestas fundacionales de la Federación Cooperativa de la Commonwealth (CCF) y el NDP, en el sentido de procurar un desarrollo sostenible, impulsar los apoyos sociales y recortar los gastos militares, entre muchos otros puntos (Canadian Business, 2016).

De esta manera, conforme transcurría la campaña Mulcair fue encontrando obstáculos que de una u otra manera le impedían mantener su lugar en las preferencias electorales, sobre todo cuando había dos líderes con posiciones muy definidas. Por un lado, Stephen Harper y su propuesta de profundizar su transformación conservadora del país y, por el otro, un Justin Trudeau que generaba esperanzas entre el electorado al rebasar por la izquierda muchas iniciativas tradicionales del NDP, cuyo líder, en su afán de allegarse nuevos votantes, mantuvo posiciones tibias en temas candentes y comenzó a perder fuerza frente al mediático y carismático Trudeau.

A partir de esas elecciones federales de 2015, el formato y cantidad de los debates cambiaron en Canadá, pasando de sólo dos, uno en inglés y otro en francés, a celebrarse varios en distintas modalidades y lugares. Si bien esto

ofreció mayores espacios a los líderes, también significó una disminución en la tradicional atención mediática a los eventos; por lo tanto, los debates no fueron provechosos para Mulcair, pues su imagen de fuerte polemista parlamentario no tenía los mismos alcances a través de la televisión, donde la fuerza de un discurso agresivo no suele ser bienvenida por ciertos votantes. En cambio Trudeau, con toda la experiencia que otorga una vida rodeada de atenciones por parte de la prensa, se mostró relajado, habló con dicción muy clara y dio buenas respuestas a Mulcair y Harper en cada ocasión.

Por lo tanto, sin el recurso de un golpe contundente a su favor en los debates, la mirada pública a la campaña de Mulcair fue decayendo, pues las discusiones entre Harper y Trudeau atrapaban la atención nacional. El conservador afirmaba que éste carecía de experiencia para gobernar y que sus propuestas eran demagógicas, mientras que el liberal reviraba afirmando que el pueblo canadiense estaba cansado de sus acciones y retórica, y que él lo sacaría del poder. Por su parte, Mulcair pretendió componer su campaña con un estilo híbrido, retomando las críticas que se hacían sus dos contrincantes, pero sin destacar con algún mensaje en particular.

Desafortunadamente para él, la atención mediática se dirigió a su persona a mediados de septiembre, cuando decidió apoyar públicamente a Zuhra Ishaq, una mujer de origen pakistaní que se negó a retirarse el hiyab y mostrar el rostro a agentes gubernamentales durante la ceremonia para obtener su naturalización, acto que posteriormente defendió como un derecho ante los jueces correspondientes. De inmediato, el caso se politizó porque el primer ministro señaló que el hiyab era un símbolo de la opresión hacia las mujeres y que por ello Ishaq debía retirárselo si quería acceder a su naturalización, que ésa no era la forma en la que los canadienses hacían las cosas y que el país no tenía por qué adoptar una práctica contraria a sus valores. Por su parte, Trudeau señaló que, si bien él no compartía el uso del hiyab, en Canadá se garantizaba la libertad religiosa, por lo que las declaraciones de Harper fomentaban la ignorancia e intolerancia contra la comunidad musulmana (Chase, 2015).

Ése fue el punto de quiebre de la campaña, ya que Mulcair abandonó su postura tibia y defendió a Ishaq en su demanda en favor del uso del hiyab. El grave problema para el neodemócrata fue que el uso de dicho velo era rechazado en Quebec, por ser considerado entre los sectores más progresistas y promotores de los derechos de las mujeres como un símbolo de opresión.

De hecho, a nivel nacional las encuestas mostraron que el 82 por ciento de los canadienses apoyaba el requisito de mostrar el rostro durante las ceremonias de ciudadanía, cifra que se incrementaba en Quebec hasta alcanzar un 93 por ciento (Levitz, 2015).

De esta forma, a partir del 19 de septiembre, justo cuando los tres líderes se encontraban en un empate técnico en las encuestas, con el 30 por ciento, el escándalo a nivel nacional por la negativa de Ishaq a retirarse la prenda y el apoyo de Mulcair hicieron que las intenciones de voto hacia el NDP cayeran de forma estrepitosa durante las últimas cuatro semanas, situación que se agudizó por la defensa que mantuvo Mulcair respecto de sus dichos. Así, hasta el día de las elecciones el 19 de octubre, la caída de diez puntos del NDP fue proporcional al incremento experimentado por Trudeau, quien triunfó al alcanzar el 39.5 por ciento de la votación total y un gobierno de mayoría, tras ganar 184 de las 338 curules en disputa, mientras que el NDP concentró el 19.7 por ciento de la votación; es decir, después del empate técnico en septiembre los diez puntos que bajó Mulcair los ganó Trudeau haciendo la diferencia entre ambos de prácticamente veinte puntos.

Estos resultados fueron una absoluta decepción para el NDP, que se había proyectado como el posible triunfador de esos comicios desde principios de año, ya que diversos analistas afirmaban que el momento para Mulcair había llegado, pues era un potencial primer ministro que lograría transformar a su partido (Yakabuski, 2015); sin embargo, las ambigüedades como líder encontraron en su único error durante la campaña (el apoyo a Ishaq) su colofón político. Resulta interesante cómo el tema proyectó las personalidades de los tres líderes, pues de manera auténtica Harper y los conservadores rechazaban el uso del hiyab, mientras que Trudeau defendía, también de forma genuina, el derecho a la libertad religiosa, sin por ello compartir el uso de una prenda que, desde la perspectiva de Occidente, se asocia con la opresión de las mujeres. Lo delicado para Mulcair fue defender algo que la mayoría de la población rechazaba.

Los resultados de esas elecciones fueron la evidencia más clara de una serie de malas decisiones del NDP, ya que el esmero de Mulcair por mostrarse como un líder moderado, cambiando estatutos e incluso alterando las tradicionales posturas pacifistas y medioambientales de la socialdemocracia, de poco sirvieron tras sus decisiones durante la recta final de la campaña, donde de nuevo el partido quedó como un punto medio entre liberales y conservadores.

Si bien las estructuras políticas privilegian el bipartidismo, los resultados de 2015 no fueron responsabilidad sólo de esa circunstancia; también contaron con la “ayuda” involuntaria de un líder neodemócrata que erró cuando menos debía hacerlo.

El proceso dejó a los neodemócratas en la tercera posición con cuarenta y cuatro asientos, es decir, cincuenta y nueve menos que en las elecciones de 2011. Los conservadores ocuparon el segundo lugar tras alcanzar noventa y nueve, mientras que el Bloque Quebequense obtuvo diez curules, más una que ganó el Partido Verde.

Así, el NDP perdió presencia en todo el país con excepción de Columbia Británica, donde ganó catorce asientos. En Alberta, como se señaló, pese a haber ganado meses antes las elecciones provinciales, las disputas de Mulcair y la dirigencia federal del NDP con la premier llevaron al partido a una derrota absoluta al obtener sólo un asiento. En Manitoba mantuvieron dos; en Saskatchewan, tres, y en Ontario, ocho; sin embargo, los peores resultados se registraron en Quebec, al ganarse sólo dieciséis de los setenta y ocho distritos en juego,<sup>4</sup> cediéndose el paso a los liberales, que obtuvieron cuarenta después de haber ganado sólo siete cuatro años atrás.

Las lecciones de este proceso fueron, sin duda, las más dolorosas para los neodemócratas, pues luego de encontrarse tan cerca de llegar al poder y de fracturar la estructura bipartidista, su dirigente tuvo que batallar contra dos líderes que contaban, más allá de su capacidad personal y los recursos partidistas, con sólidas estructuras institucionales con siglo y medio de funcionamiento. El desastre fue de tales magnitudes que este proceso electoral no podría calificarse siquiera como la segunda mejor actuación del partido, pues con Ed Broadbent al frente en las elecciones federales de 1988 el NDP colocó a 43 diputados, aunque en ese momento eran 295 las curules posibles, además de que la proporción de la votación nacional también fue ligeramente superior con el 20.4 por ciento.

En uno de los ejercicios inmediatamente posteriores a la campaña para entender cómo llegó la derrota y de qué manera la estrategia de su líder incidió en los votantes, el NDP llegó a la conclusión de que mientras Trudeau fue ganando espacios entre los electores, Mulcair los iba perdiendo en la misma proporción. También, se constató que al final de la campaña, entre el

<sup>4</sup> Es necesario aclarar que, a partir de las elecciones federales de 2015, se incrementó el número de distritos electorales en Canadá, al pasar de 308 a 338.

núcleo duro de votantes neodemócratas se reconocía una preferencia hacia Trudeau, incluso mayor que entre aquéllos más flexibles o los no militantes. Asimismo, la “marca” NDP prácticamente no varió durante la campaña, al pasar de 3.67 a 3.73 en una tabla donde 5 es la calificación máxima, mientras que la “marca” del Partido Liberal sí se fortaleció, al pasar de 2.34 a 2.90. El estudio finalizaba estableciendo que los votantes duros neodemócratas encontraron que Trudeau era una figura política más emotiva y competente que Mulcair (McGrane, 2019: 290-291).

Este ejercicio de análisis erosionó aún más el liderazgo de Mulcair, que se negó a renunciar pasadas las elecciones. Empero, los miembros del partido exigieron la celebración de una convención nacional al año siguiente, en 2016, para determinar si su dirigente seguía gozando de apoyo entre las bases, las mismas que en 2013 aplaudieron y de forma abrumadora aprobaron su iniciativa de mover al partido más al centro; no obstante, ahora muchos de ellos pedían su salida responsabilizándolo directamente de la derrota de 2015.

Ahora, y aunque la inconformidad no se reflejaba abiertamente entre los diputados sobrevivientes en el Parlamento, sí era claro que tanto entre las cúpulas partidistas así como entre sus bases se buscaba un responsable y un argumento para enderezar el rumbo ideológico del partido que, bajo el mando de Mulcair, efectivamente perdió identidad en el imaginario colectivo de la izquierda canadiense.

La convención fue programada para celebrarse del 8 al 10 de abril de 2016 en Edmonton, Alberta. A ésta, delegados neodemócratas de todo el país y líderes sindicales de diversas agrupaciones asistieron pensando en definir el futuro inmediato del partido, al contemplarse una votación para ratificar o destituir a Mulcair. El ambiente en los medios de comunicación, previo al evento, fue intenso, pues era evidente que una buena parte de las bases llegaría con la consigna de tirar a su dirigente y convocar a nuevas elecciones internas, en un acto sin precedentes en cualquier partido político canadiense.

Por tanto, durante el primer trimestre del año Mulcair buscó allegarse apoyos entre connotados correligionarios, como su antiguo competidor por el liderazgo en 2012, Paul Dewar, o colaboradores cercanos de su rival Brian Topp; sin embargo, sus opositores comenzaron a publicar cartas abiertas a la opinión pública en las que pedían renovar el partido, al tiempo en que analistas y el propio director del Instituto Broadbent, Rick Smith, reconocían que las elecciones habían sido decepcionantes y que el gobierno de Trudeau

mostraba signos de apertura hacia los más necesitados (Geddes, 2016). Esto, desde luego, mostró dos bandos opuestos a la continuidad de Mulcair, dada la poca confianza que inspiraba su persona en amplios sectores del partido.

La convención se celebraría en un ambiente en el que Mulcair enfrentaba dos claros flancos: por un lado, los neodemócratas de Alberta, encabezados por Rachel Notley, quienes se erigieron como firmes opositores a su continuidad, sobre todo cuando aquél declaró ante los medios nacionales que, de ser ratificado, llevaría al NDP a adoptar e impulsar el Manifiesto “Dar el salto”, si ésa era la voluntad del partido, ello, en un claro intento de convencer a los delegados que dudaban en apoyarlo (CBC News, 2016b). De este modo, amparado en la atención mediática que provocaba su posición como líder del NDP, Mulcair buscó aprovechar todas las oportunidades posibles para aparecer en distintos espacios y ofrecer adoptar el citado manifiesto en caso de mantener el liderazgo, haciendo con ello una especie de campaña velada de cara a la convención, sin posibilidad para sus detractores de expresar su propia versión y alternativas.

Por otra parte, el ala radical de la izquierda del partido, así como el caucus socialista del NDP, reiteraron lo que señalaban desde hacía años: que su líder había quitado personalidad al partido llevándolo hacia el centro para ganar votos, por lo que fueron los más activos en la convención, levantando los puños e incluso saltando y festejando las arengas en contra del líder. De esta forma, la intención de Mulcair de mantenerse al frente quizá sólo se comparaba con la animadversión que despertaba entre las alas izquierdista y derechista del NDP, ya que incluso connotados delegados de Alberta afirmaron que las posturas de Mulcair iban a arruinar al partido a nivel provincial y federal (Gerson, 2016).

Finalmente, el día de la votación llegó, y en ella el 52 por ciento de los delegados votó en contra de la continuidad de Mulcair, algo inédito en la historia política canadiense, ya que no es común que un líder pierda la confianza en una convención pública y no en la intimidad de una oficina, reunido con otros líderes. En cuanto se confirmó el resultado, Mulcair tomó el micrófono y, en medio del llanto, expresó que a partir de ese momento lo más importante era mantener unido al NDP. Asimismo, por decisión de la convención se determinó mantenerlo al frente hasta que se eligiera a su sustituto en elecciones internas al año siguiente, en 2017. Mientras tanto, debería continuar su labor parlamentaria, encabezando un partido con diputados que comenzarían a hacer labor entre las bases para buscar el liderazgo, como era el caso

de los experimentados Nikki Ashton, diputada desde 2008 por Manitoba; Charlie Angus, diputado desde 2004 por Ontario, y Guy Caron, diputado por Quebec desde 2011. En este grupo se incluía de forma discreta un diputado local por la Asamblea de Ontario, Jagmeet Singh, quien había demostrado talento político durante su gestión, además de cercanía con organizaciones y personas necesitadas al brindarles asesoría legal gratuita.

Con su salida, Thomas Mulcair cerró el capítulo más desastroso en la historia moderna de la izquierda canadiense, al pulverizar su posición como segunda fuerza política y colocarlo de nuevo en la batalla por conservar al menos un tercer sitio en el Parlamento contra el regional y nativista Bloque Quebecuense.

### **El primer líder de una minoría visible: Jagmeet Singh (2017-2020)**

Todo 2017 fue de reacomodos internos en el partido, dado que buscaron maximizar los recursos económicos para encarar la campaña por el liderazgo interno, al tiempo que el NDP intentó, sin éxito, marcar la diferencia con el gobierno liberal mayoritario de Justin Trudeau, que venía reforzando su imagen de progresista y flanqueando por la izquierda al propio NDP con acciones como incrementar el déficit para apoyar a los más necesitados en Canadá, brindar mayores recursos a las familias con niños pequeños y legalizar el uso lúdico de la marihuana, temas hacia los que Mulcair había mostrado rechazo o al menos una clara reserva durante la campaña de 2015.

De hecho, tal y como señalaba la exdiputada neodemócrata por Montreal, Rosane Doré Lefebvre, quien perdió su curul en las elecciones de 2015, era difícil criticar las acciones de Trudeau en materia de subsidios para apoyo infantil por miles de millones de dólares, el aumento al gasto para las Primeras Naciones o los apoyos a personas de bajos ingresos, ya que había cosas muy buenas ahí. En este sentido, aceptaba que era más fácil para los conservadores denostarlo (Geddes, 2016).

En medio de este ambiente desconcertante para los neodemócratas y en general para la izquierda en el país, el partido determinó celebrar sus elecciones internas el 1º de octubre de 2017, dando tiempo suficiente a los interesados para organizar bases, recaudar fondos e iniciar campañas a partir del primer trimestre del año. Así, los aspirantes comenzaron activamente sus

campañas, destacando de inmediato los diputados Nikki Ashton, Charlie Angus y Guy Caron, que pronto hicieron inviables las candidaturas de aspirantes menores que poco a poco fueron desistiendo de competir.

De hecho, los primeros debates internos se llevaron a cabo entre estos tres políticos y algunos otros que luego se retiraron, hasta que a mediados de mayo de 2017 Jagmeet Singh hizo públicas sus intenciones de contender por el encargo en un evento en Brampton, Ontario, en donde frente a cientos de seguidores señaló que buscaría dirigir al NDP para enfrenar la inacción de Trudeau en las materias de cambio climático, reforma electoral y Primeras Naciones (Hong, 2017), delineando, a partir de ese momento, lo que sería su agenda pública.

De este modo, se incorporó a su primer debate en inglés y francés con los demás aspirantes. En dicho evento televisivo, celebrado a finales de mayo, sorprendió a la audiencia y a sus propios contendientes por su buena dicción, su hablar pausado, con voz entonada, pero sobre todo por las respuestas rápidas y conciliadoras frente a sus interlocutores. En ese debate, Singh subrayó que lo que necesitaba el país era un acto de amor para conectar a todos los ciudadanos, rechazando así las diatribas de confrontación que caracterizan este tipo de actos públicos. La aceptación entre los militantes fue creciendo y así lo expresaron las encuestas de las semanas siguientes, que lo ubicaron entre los favoritos.

El debate que marcó el despunte de su campaña fue el organizado por el Sindicato de Trabajadores del Acero (United Steelworkers, usw), el 22 de junio, en la ciudad de Toronto, y transmitido por la cadena Cable Public Affairs Channel (CPAC). En él se abordaron temas de economía y empleo en inglés y francés, sin traducción para los contendientes, y se contó con audiencia en el foro, que aplaudía a su favorito. Singh se distinguió por afirmar que la inequidad era un problema real en Canadá y que debía combatirse con mejores condiciones de empleo, ya que había pobreza y esto debía reconocerse y enfrentarse. Sus intervenciones generaron confianza entre los adherentes neodemócratas, de manera que las encuestas que ponían a la cabeza a Charlie Angus y a Nikki Ashton con el 22.6 y el 20.4 por ciento, respectivamente, frente al 7.5 de Singh (Siekierski, 2017) se inclinaron de manera consistente en favor de éste a partir de julio y de manera continuada hasta las elecciones de octubre.

Sin embargo, lo que hizo elevar las preferencias en favor suyo fue la actitud y la templanza que mostró cuando, en uno de sus actos de campaña, una

mujer identificada con la extrema derecha lo acusó de apoyar la ley islámica y a la hermandad musulmana,<sup>5</sup> encarándolo, gritando y apuntando con un dedo al rostro de Singh, quien en todo momento se mostró tranquilo, buscando calmar a la audiencia. El candidato le respondió que él la amaba, que amaba la libertad y reconocía el derecho a la libre manifestación y expresión; que no compartía sus métodos, pero que la apoyaba. Al ver que Singh no reaccionó a sus agresiones, la mujer se retiró. A continuación, él pidió a sus adherentes no contestar ese tipo de insultos ni sentirse mal, ya que como miembro de una minoría de piel oscura y turbante se había enfrentado antes a este tipo de situaciones y que precisamente por eso debían cambiar las cosas en Canadá, pero con amor y valentía (McLaughlin, 2017), frase que, por cierto, fue el lema de su campaña interna.

Las críticas y desaprobación nacional en los medios llevaron incluso a que dicha activista subiera un video en el que insistía en que ella no era racista y que sólo se buscaba una confrontación política; no obstante, el mensaje de Singh fue muy firme al poner en práctica lo que sostuvo durante su campaña: que Canadá tenía asuntos que resolver por el bien de todos, que él había sido detenido al menos una docena de ocasiones desde los diecisiete años sólo por su aspecto y su turbante, y que eso era muestra de que Canadá tenía áreas de oportunidad que debían ser atendidas para ser un país mejor (Giese, 2017).

Incluso, en un acercamiento más personal, a través de su libro, Singh afirmó que todo aquel que ha experimentado el trauma y el dolor busca la reconciliación y sanar las heridas, y que la mejor forma de hacerlo es a través del reconocimiento del sufrimiento causado; sin embargo, si no se resarcen estos daños, el dolor y el trauma permanecen para siempre silenciados, pero vivos. Por ello, era capaz de advertir el daño y la frustración de las minorías, ya que él mismo los había sufrido y sabía muy bien que era difícil erradicar esos prejuicios sociales si no se los reconoce abiertamente (Singh, 2019: 72).

Después de este lamentable suceso y a tan sólo unas semanas de la elección interna, Jagmeet Singh se colocó muy arriba en las encuestas, perfilándose como el próximo líder del NDP, que se ha distinguido como la agrupación

<sup>5</sup> Es necesario establecer que Jagmeet Singh no es musulmán, sino un sij punyabí, es decir, un seguidor del sijismo, religión originaria de la región del Punjab, ubicada en el norte de India y Pakistán. En diversos países occidentales, a los sijos punyabíes se los considera más como un grupo étnico que religioso.

más progresista e incluyente en la historia canadiense desde su fundación. Considerando estos elementos, la convención nacional se celebró y en ella Singh se llevó, en una sola ronda, el 53.8 por ciento de los votos, superando por tres décimas el resultado más amplio obtenido por Jack Layton en 2003, el 53.5 por ciento, también en una sola ronda.

En segundo lugar se ubicó el diputado por Ontario, Charlie Angus, con el 19.4 por ciento, y en tercero, la diputada por Manitoba, Nikki Ashton, con el 17.4 por ciento. Al final se colocó el diputado quebequense Guy Caron, con el 9.4 por ciento. Estos resultados expresaron la voluntad de ofrecer un rostro distinto al electorado, así como que los principios y la coherencia ideológica no pudieran ser cuestionados, tanto hacia afuera como dentro de la agrupación.

Con la elección de Singh, la búsqueda por dar al partido una imagen de modernización y moderación se intensificó. Los esfuerzos de sus antecesores, Layton y Mulcair, pusieron especial atención en acabar con la inercia de construir al movimiento socialdemócrata tan sólo como una especie de conciencia en el Parlamento —como un espectador de primera fila de la política nacional— e hicieron lo posible por posicionarlo como un grupo compacto capaz de empujar a los gobiernos liberales hacia la izquierda y crear espacios de diálogo entre activistas neodemócratas y socialistas para encontrar un punto medio (McGrane, 2019: 320); sin embargo, el NDP de Jagmeet Singh tenía la obligación adicional de posibilitar el acceso al poder en otros niveles, ejerciendo su acción ideológica para mejorar las condiciones de vida de la sociedad mediante triunfos electorales contundentes y recurrentes; menos que eso sería más de lo mismo.

Por ello, consciente de que las condiciones electorales mantendrían excluido al NDP de la oportunidad de acceder al poder, Singh recurrió al tema de la reforma electoral y la del Senado como elementos discursivos frecuentes durante su liderazgo, amparado en las discusiones que se habían generado en el país a partir de que Trudeau prometió ambas en campaña.

Siguiendo los pasos de algunos liderazgos neodemócratas anteriores, Singh se negó a desplazar a ningún diputado para que le cediera su curul parlamentaria; en cambio, prefirió entrar en contacto con las bases directamente antes de postularse en alguna provincia o distrito, en una estrategia que ya había aplicado Jack Layton. En su lugar, nombró como líder interino en el Parlamento a su exrival, el diputado por Quebec Guy Caron, en un intento de reafirmar la importancia de Quebec para el NDP. Singh afirmó que la provincia

era muy importante para él y para el movimiento progresista de todo el país, y que la designación de Caron era muestra de ello. La gestión de Singh comenzaría buscando acercarse al diputado por Quebec Pierre Nantel, quien durante la campaña aseguró que los quebequenses no querían ver a ninguno de sus líderes portando símbolos religiosos, en clara alusión al turbante de Singh (CBC News, 2017). Si bien la reunión entre ambos fue cordial —y tan sólo dos días después de la elección de Singh—, las afirmaciones de Nantel fueron una advertencia del rechazo de los quebequenses hacia los símbolos no occidentales con miras a elecciones futuras.

De esta forma, sin comicios especiales programados para el primer semestre de 2018, Singh afirmaba que él no estaba obsesionado por ingresar al Parlamento y que se encontraba muy cómodo recorriendo el país y entrando en contacto con la gente, y que cuando él sintiera una conexión genuina en algún distrito ahí buscaría contender, esto es, en aquella región en donde tuviera una historia en común con sus habitantes y a la que él conociera desde tiempo atrás (Grenier, 2018); sin embargo, en realidad la situación comenzó a tornarse complicada desde el inicio de su gestión ya que, no obstante su proyección reciente a nivel nacional, los resultados de los candidatos neodemócratas que contendieron para elecciones especiales el 23 de octubre y el 11 de diciembre de 2017 fueron adversos. Así, en los procesos que pusieron en juego un asiento parlamentario en Quebec, Terranova, Columbia Británica, Ontario, Alberta y Saskatchewan no se registró un solo triunfo del NDP, y en cambio los liberales obtuvieron cuatro curules y los conservadores, dos.

En febrero de 2018, la convención neodemócrata celebrada en Ottawa mostró un apoyo abrumador a su líder, el 90.7 por ciento, evidenciando que, pese a los resultados en los comicios del año anterior, Singh mantenía su fuerza entre las bases y delegados asistentes. En su discurso señaló que en el partido se habían acabado los tiempos de tibieza —en clara alusión a su antecesor Mulcair—; que era posible tomar mejores decisiones para obtener mejores resultados, y que la organización debía sumarse abiertamente al movimiento #MeToo y a la lucha antirracista. Su discurso inspiró al partido a declarar, en su documento oficial, una abierta condena al reconocimiento de Jerusalén como capital de Israel, al tiempo que criticó la austeridad y el presupuesto equilibrado que el propio NDP había defendido con su líder anterior (CBC News, 2018a). Con este acto y sus resoluciones, Singh dejó en claro que sus objetivos inmediatos estarían encaminados a la coherencia

ideológica más que a la atracción de votos con plataformas poco comprometidas y posiciones tímidas en torno a temas polémicos.

Hacia la segunda mitad de 2018, el escenario electoral no cambió mucho para los neodemócratas, ya que en las elecciones especiales de Quebec y Ontario, en junio y diciembre, respectivamente, los conservadores se llevarían las dos curules en disputa, lo que dejaba a Singh con ocho derrotas consecutivas en elecciones especiales desde su ascenso. En este sentido, intentó colocar la cuestión de la reforma electoral, prometida en campaña por Trudeau, como un tema central en el debate público; de esta forma se propuso ejercer presión sobre el primer ministro, pero su ausencia en el Parlamento, por carecer de curul, lo limitó al tratar de comunicar sus posturas y mantener intercambios de ideas con los otros líderes en la Cámara de los Comunes.

Al mismo tiempo, insistía en que el sistema *first past the post* prevaliente en Canadá generaba mayorías falsas y hacía pensar a los ciudadanos que sus votos no contaban, que no era posible que un partido con sólo el 40 por ciento de los sufragios tuviera el 100 por ciento del poder, que era un sistema injusto y sin sentido, que él impulsaría un sistema electoral mixto como el de Nueva Zelanda, es decir, *first past the post* y proporcional, de acuerdo con el porcentaje de votación por partido para, de este modo, lograr equilibrios de poder en el Parlamento. Esta decisión la expresó una vez que el primer ministro Trudeau hizo pública su intención de no llevar a efecto la reforma electoral ofrecida en campaña. Al respecto, el neodemócrata señaló que eso revelaba un alto grado de cinismo que seguro decepcionaría a los ciudadanos (Lum, 2018). Y es que, como se ha visto, el sistema electoral de Canadá ha sido uno de los grandes obstáculos para que partidos diferentes de los dos tradicionales accedan al poder, máxime cuando las coaliciones no han sido consideradas una forma viable de gobierno por parte de las elites partidistas, justamente liberales y conservadoras.

Trudeau anunció que su administración no llevaría a cabo la reforma electoral con el argumento de que se requeriría consenso, y en el país, al menos en esos momentos, dijo, no existían las condiciones políticas para lograrlo, y las consultas realizadas por su gobierno así lo demostraban. Del mismo modo, rechazó convocar a un referendo sobre el tema, alegando que ello podría radicalizar a ciertos sectores sociales y no lo permitiría, pues como primer ministro tenía cosas más importantes que atender. Para defender su punto de vista emprendió una campaña para explicar su cambio de postura, esto, frente a la

molestia de la dirigencia neodemócrata, que —en voz de los diputados Nathan Cullen y Alexandre Boulerice, instruidos por Singh— afirmó que la promesa del primer ministro había sido un absurdo engaño (Maloney, 2018).

Este cambio de postura gubernamental ciertamente debilitó la posición de Singh frente a sus bases, pues ésa había sido precisamente una de sus promesas de campaña, que empujaría y apoyaría la reforma, de modo que, frente a este hecho, Singh entendió que la renovación del sistema electoral no sería posible durante su gestión y, por lo tanto, no podría manejar ese tema en beneficio del NDP, el cual, es justo decir, ha sido el partido que más ha impulsado dicha reforma desde hace décadas.

Mientras esto sucedía en la arena político-electoral, en el Parlamento el limitado número de diputados neodemócratas y su cuarto sitio como partido fueron factores que le impidieron sobresalir en la discusión pública, ya que las acciones del gobierno de Trudeau en favor de sectores desfavorecidos, sus disputas con el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, durante las negociaciones del Tratado entre México, Estados Unidos y Canadá (T-MEC), la defensa de la industria lechera canadiense frente al propio Trump y los amagos constantes de Washington de imponer aranceles al acero y aluminio canadienses fueron factores que redujeron aún más los espacios mediáticos al NDP, que debió limitarse a ejercer críticas sobre todo a las negociaciones del T-MEC (NDP, 2019).

Así, después de haber transcurrido más de un año desde su inicio como líder neodemócrata, la ausencia parlamentaria de Singh fue ejerciendo mayor presión sobre el NDP, ya que la Cámara de los Comunes ofrece un espacio mediático incomparable a los líderes de fracciones partidistas en un esquema Westminster. Ante ello, se hizo necesaria la participación de Singh a través de una elección especial, pues así podría legitimar y fortalecer su liderazgo obteniendo una curul por mérito propio, sin descontar que el partido no había logrado un solo triunfo en todas las elecciones especiales de los dos años anteriores.

Finalmente, después de trascender en los medios nacionales que quizá Jagmeet Singh no tendría oportunidad de contender por una curul sino hasta la convocatoria de elecciones generales por celebrarse en octubre de 2019, se dio a conocer que este líder buscaría un asiento por el distrito de Burnaby South, en Columbia Británica, después de que su titular, el neodemócrata Stewart Kennedy, renunciara para competir, de forma exitosa, por la

alcaldía de Vancouver. Esta elección especial se celebraría el 28 de febrero, junto con otras dos en Ontario y Quebec, en las que también se pondría en juego una curul, respectivamente.

Esta aventura electoral de Singh en busca de un escaño lo llevó a trasladarse a Columbia Británica para procurarse el triunfo en un distrito al que en realidad no conocía. A fin de acercarse a los votantes, realizó una intensa campaña en la que prometió mudarse con su esposa al suburbio de Vancouver y desde ahí concentrarse en solucionar los pendientes de la comunidad y sumarse a sus causas, como enfrentar la ampliación del oleoducto Trans Mountain, que llega desde Alberta, impulsar la atención farmacéutica universal y mantener su objetivo de alcanzar una reforma electoral federal (CBC News, 2018b).

Tras una intensa campaña logró el triunfo al obtener el 37.6 por ciento de los votos, frente a su más cercano contrincante, que ganó el 30.9 por ciento. Debido a las condiciones alrededor del partido y del propio Singh, esta elección fue considerada una dura prueba para el líder, pues una derrota habría puesto en entredicho su capacidad para retener un distrito que se había mantenido neodemócrata desde 2011. En el discurso con el que anunció su victoria, Singh afirmó que de niño jamás imaginó que alguien como él pudiera postularse como primer ministro, por lo que aseguraba a toda la niñez que era posible hacer realidad los sueños. Sus palabras tomaron una nueva dimensión cuando a inicios de año, su contendiente liberal, Karen Wang, fue obligada a retirarse de la contienda por la dirigencia de su propio partido, por declarar que era la única candidata china y que iba a vencer a Singh porque él era indio (Larsen, 2019).

La misma noche en que se hizo oficial su victoria, Jagmeet Singh agregó que adoptaría una agenda verde en el Parlamento y que lucharía por impedir la ampliación del oleoducto Trans Mountain denunciando sus irregularidades en la Cámara de los Comunes. También comentó que buscaría defender a los inmigrantes, pues ellos no eran culpables de los problemas de Canadá (Ghoussoub, 2019). Con este discurso dejó en claro la orientación de la agenda del NDP en el Parlamento a partir de su llegada.

Otro tema que atrajo la atención pública en esos comicios de febrero fue la elección de Outremont en Quebec, una vez que Thomas Mulcair decidiera renunciar a la política y abandonar su curul. Lo significativo fue que el NDP perdió también ese distrito en contra de los liberales, dejando constancia

de que ni siquiera el lugar donde Mulcair se desempeñó durante años tenía buenas referencias de su gestión y su partido, con lo que fue evidente que los comentarios del diputado Pierre Nantel, en el sentido de que los quebequenses no gustaban de liderazgos portadores de símbolos religiosos, estaban fundados. Al mismo tiempo, los conservadores en Ontario se llevaron la otra curul en disputa durante esa jornada.

Ahora bien, más allá de lo significativo que resultó perder la curul en Outremont después de haberla retenido desde 2007, el NDP se enfrentó a la determinación del gobierno provincial quebequense de promulgar el proyecto de Ley 21 (*Bill 21*), presentado en marzo de 2019 y aprobado meses después, en junio, por la Asamblea local. Esta ley buscaba respetar y garantizar la laicidad del Estado, prohibiendo a empleados públicos portar elementos religiosos de manera visible y mantener el rostro cubierto, en franca alusión a los atuendos musulmanes, sobre todo después del escándalo en torno a Zunera Ishaq en 2015. Esta legislación aprobada por el gobierno nacionalista y autonomista de la Coalición Porvenir Quebec (Coalition Avenir Québec, CAQ) fue una propuesta de campaña exitosa, pues llevó a esta agrupación al poder en las elecciones provinciales de 2018, elevando a partir de ello la bandera nacionalista y católica en la provincia. Cabe agregar que esta iniciativa fue apoyada por los diputados del Bloque Quebequense en el Parlamento federal.

Así, a partir de junio de 2019, todos los empleados públicos como jueces, policías y maestros debían abstenerse de usar o portar símbolos religiosos durante el desempeño de sus funciones. Para explicar su decisión, el gobierno quebequense afirmó que dicha ley buscaba garantizar la igualdad entre hombres y mujeres, y la equidad de los ciudadanos en su interacción con el Estado (Éducaloi, 2020). En medio de toda esta polémica, Singh desaprobó de forma pública la ley y afirmó que lo afectaba de manera personal, pues incidía en su libertad religiosa; que él seguiría yendo a Quebec con su turbante y que hacerlo era un acto de desafío contra una ley inadecuada que generaba mayor exclusión de las minorías y que él lucharía en el Parlamento contra eso (Lao, 2019). Desde luego tales palabras tendrían efectos poco después en las elecciones federales en toda la provincia.

La coherencia entre el decir y el hacer de Singh respecto de la Ley 21 en Quebec se expresa en sus reflexiones acerca de la desigualdad y el maltrato al que son sometidos muchos canadienses por su religión o color de piel.

Él ha afirmado que de pequeño lo hicieron sentir feo, sucio y sospechoso de ser terrorista, y que precisamente enfrentarse a esas situaciones lo hacían entender el dolor de la gente al ser señalada o excluida por motivos religiosos. Singh ha insistido en que conoce cómo es vivir con miedo a una situación financiera familiar precaria; con el temor de no poder pagar una hipoteca ni las facturas de los servicios; con la angustia de no poder acceder a la educación universitaria por provenir de una familia pobre, y que esos mismos miedos los sentían miles de canadienses día con día, por lo que estaba determinado a erradicar la inequidad prevaeciente en el país (Singh, 2019: 296-298).

Por otra parte, durante los seis meses de su primera gestión parlamentaria al frente del NDP, de marzo a septiembre de 2019, antes de las siguientes elecciones federales, propuso ante el pleno despenalizar la compra y posesión de drogas psicoactivas y atacar el problema desde otro ángulo, cuando el gobierno de Trudeau acababa de despenalizar el uso lúdico de la marihuana, en octubre del año anterior, tema del que Singh también era un abierto activista, a diferencia de su antecesor. Del mismo modo, impulsó el cobro de mayores impuestos para los sectores más enriquecidos e incrementar el salario mínimo a quince dólares la hora; también promovió la creación de una nueva ley de seguridad farmacéutica para todo el país, al tiempo que exigió la reducción de emisiones contaminantes y el empleo de energía alternativa, así como la cancelación del proyecto Trans Mountain.

Esos asuntos fueron parte fundamental de su agenda electoral, una vez que el primer ministro Trudeau desarticuló el Parlamento para convocar a nuevas elecciones federales al concluir su periodo de mayoría. Los comicios se celebrarían el 21 de octubre de 2019, y a partir de ese momento Singh encabezó los esfuerzos para reposicionar al NDP en la Cámara de los Comunes, en lo que sería su primera elección federal como líder de su agrupación

La campaña, programada para durar poco más de cinco semanas, arrancó con fuerza toda vez que la convocatoria era conocida con antelación por los demás líderes en el Parlamento. Las encuestas marcaban una pelea cerrada entre liberales y conservadores para tomar el poder de la Cámara de los Comunes, de modo que el principal objetivo de Singh y el NDP fue evitar que los liberales asumieran el control del Parlamento con otro gobierno mayoritario para que, de este modo, los neodemócratas se consolidaran como una fuerza necesaria para echar a andar cualquier acción de un potencial gobierno liberal de minoría.

Esta circunstancia le daría cierto protagonismo a Singh a nivel nacional, al condicionar el apoyo de su partido a cambio de concesiones en materia social, lo que al mismo tiempo sería positivo para la causa neodemócrata en todo el país. Esta condición de partido bisagra, tan común en el mundo parlamentario europeo, daría al NDP una importancia mayor, aunque su número de diputados electos fuera limitado, pues sólo gracias a una alianza legislativa liberal-neodemócrata un hipotético gobierno minoritario de Trudeau podría gobernar sin los obstáculos sistemáticos de los conservadores y del Bloque Quebequense.

Es necesario recordar que este estatus de bisagra sólo lo había alcanzado el NDP en las elecciones federales de 2004 cuando, liderado por Jack Layton, el partido presionó al gobierno minoritario liberal de Paul Martin para extender sus programas sociales, y ante la negativa de éste, el NDP se sumó al resto de la oposición para adelantar elecciones, lo que dio como resultado la derrota liberal y el ascenso de los conservadores al poder. De este modo, la elección federal de 2019, si bien no vislumbraba un triunfo neodemócrata, sí los colocaba en posición de defender sus bastiones para conseguir la mayor cantidad de asientos parlamentarios posible, y reposicionarse desde un tercer o cuarto sitio, con la capacidad de negociar con un gobierno liberal que necesitaría su soporte legislativo.

Con esto en mente, Singh arrancó la campaña señalando que el país había sido construido con base en un sistema que sólo beneficiaba a los ricos, creado por liberales y conservadores. En su primer acto electoral realizado en Londres, Ontario, delinearía el rumbo de su partido para las actividades proselitistas, poniendo especial atención a los temas de acceso a medicamentos, atención dental universal y servicios de internet equitativos. Asimismo, planteó poner un límite a la codicia corporativa incrementando sus impuestos y realizando ajustes tributarios a los más ricos. Ahí defendió abiertamente la causa climática y propuso eliminar todo tipo de subsidio a los combustibles fósiles. Al mismo tiempo, acusó al primer ministro de decir cosas correctas, pero no cumplirlas, y que precisamente por eso el voto estratégico progresista canadiense no alcanzaba a beneficiar a los pobres, pues en realidad los liberales siempre decepcionarían a la ciudadanía, por sus acuerdos fácticos con los conservadores (Casey, 2019).

Desde el inicio de su campaña, Singh se dirigió a los canadienses progresistas que se sentían decepcionados del liderazgo de Trudeau, pero tuvo que lidiar con cuestiones desagradables como la renuncia de candidatos

neodemócratas en Nuevo Brunswick para unirse al Partido Verde, incluido el propio exrepresentante para el Atlántico, Jonathan Richardson, quien afirmó que su salida del NDP obedecía a que el origen étnico y la religión de Singh incomodaban a los votantes de una provincia de mayoría caucásica y que ello redundaría en menos votos para ellos y más para los conservadores, lo que afectaría de manera negativa las causas que los activistas de izquierda de la región defendían y promovían desde hacía muchos años (CBC News, 2019a). Si bien la líder del Partido Verde, Elizabeth May, reprobó tales afirmaciones, lo cierto es que su agrupación se beneficiaba del malestar que provocaba un liderazgo no blanco entre ciertos sectores neodemócratas.

En medio de todo ello, Singh y el NDP continuaron su campaña con la consigna de enfrentar el odio y la exclusión con amor y valentía. En primera instancia, y tal como se esperaba, la postura del NDP dejó de ser ambigua en lo tocante a las energías limpias y el impuesto al carbono. En tal sentido, Singh propuso gravar con mayores impuestos a las industrias más contaminantes y marcar al año 2030 como el inicio de la electricidad libre de carbono en todo el país, por ello propuso una estrategia que incluía la fabricación de vehículos con bajas emisiones contaminantes, sumándose así a la propuesta liberal de que, en el 2040, todos los nuevos automóviles sean de cero emisiones contaminantes. También se declaró en contra de la construcción de más oleoductos, del *fracking* y de todos los combustibles fósiles (CBC News, 2019b).

Su plataforma incluía otros temas importantes, como el apoyo estudiantil mediante un sistema robusto de becas universitarias —problema que él mismo padeció—, préstamos sin intereses para estudiantes y la creación de matrículas gratuitas en coordinación con las provincias. Asimismo, propuso invertir diez mil millones de dólares para llevar medicamentos a todo Canadá. Con estas consignas llegaron los debates, y en esta ocasión se celebraron cuatro, aunque los más importantes fueron los del 2 de octubre en Montreal, pero los oficiales, en inglés y francés, se realizaron en Gatineau, Quebec, los días 7 y 10 de octubre.

El desempeño de Singh en el primero pareció discreto ya que, si bien no sobresalió, tampoco resultó desfavorecido en las encuestas. El que sí vio afectados sus números fue el líder conservador Andrew Scheer, mientras que el primer ministro obtuvo la mejor opinión entre los encuestados, sobre todo por su capacidad para debatir frente a las cámaras. Posteriormente, en el debate en inglés del 7 de octubre, los candidatos fueron colocados en un

foro que era una especie de circo romano, rodeados de público y sin reglas precisas, lo que permitía que se arrebatara la palabra y se interrumpieran sin que los moderadores hicieran algo por impedirlo, situación que redundó en un evento caótico que ocasionó la exigencia de reglas más claras para futuros encuentros por parte de periodistas y politólogos.

En esa ocasión, sin intervención oportuna de los moderadores, el debate fue una lluvia de ideas inconclusas, pues en cada intervención los argumentos eran interrumpidos por los oponentes. Ese formato sin duda favoreció al primer ministro, pues todo se redujo a una discusión informal que provocó risas entre el público. Quizá uno de los momentos más curiosos fue cuando Singh interrumpió a los líderes liberal y conservador, que se encontraban enfrascados en una fuerte discusión, sólo para mirar a la cámara y decir que tener opciones no era escoger entre el “Señor Demora” (Trudeau) y el “Señor Negación” (Scheer), haciendo un juego de palabras en inglés —Mr. Delay y Mr. Deny—, que provocó la risa del público, aunque de inmediato la líder verde lo interrumpió para evitar que siguiera captando la atención (CBC News, 2019d). Este formato “experimental” fue calificado en muchos medios como el peor en la historia de los debates de la televisión canadiense, pues no estuvo dirigido en realidad a los votantes, sino a los propios líderes partidistas, quienes se exhibieron con discusiones incomprensibles y actitudes ensayadas y teatrales (Paez y Moss, 2019).

Si bien para el debate en francés, dirigido básicamente a quebequeses, se mejoró el formato, impidiendo las interrupciones y el desorden, la proyección de Singh se vio reducida, pese a haber defendido y promovido abiertamente los derechos de las mujeres y los quebequeses a decidir su futuro, ya que su abierta oposición a la Ley 21, que limitaba las expresiones religiosas en la provincia, no auguraba buenos resultados para él y su partido en Quebec.

El escándalo que marcó este proceso electoral fueron unas fotografías filtradas a la prensa en donde aparecía Justin Trudeau con el rostro pintado de negro, aludiendo a algún personaje afrodescendiente, lo que provocó críticas de sus opositores conservadores que lo atacaron duramente. Algunas eran de sus años de preparatoria, en algún evento estudiantil, pero la que llamó más la atención fue una en donde se mostraba disfrazado con una indumentaria parecida a la de un jeque árabe, abrazando a dos compañeras de trabajo, justo cuando laboraba como profesor en un colegio de Vancouver. Trudeau señaló

que ese evento escolar aludía a los relatos de *Las mil y una noches*, y aunque había ocurrido hace muchos años, ahora entendía que fue inapropiado. Por tal motivo se disculpó por las fotografías y señaló que no lo hizo con el ánimo de ofender a nadie, pero que se sentía mal por la situación.

Por su parte, Singh señaló que esas fotografías mostraban que el racismo en Canadá era un patrón de comportamiento y que las imágenes de Trudeau no debían ni exagerarse ni minimizarse, sino que era preciso atender el daño que causa a la gente que sufre maltrato por su color de piel y que en ese sentido había mucho trabajo que hacer en Canadá (CBC News, 2019c). Ese tipo de respuestas medidas por parte de alguien que ha sufrido racismo en distintos momentos de su vida, como Singh, sin duda contrastó con la virulencia conservadora que no perdió la ocasión de atacar a Trudeau, pasando por alto que numerosos políticos conservadores han tenido vínculos con grupos nativistas de extrema derecha en varios momentos.

La campaña fue intensa, pero los niveles de aceptación e intención de voto entre los líderes sufrieron pocos cambios, ya que al inicio las preferencias para liberales y conservadores eran similares, 34 y 35 por ciento, respectivamente, el NDP contaba con el 12, los verdes con el 11 y el Bloque Quebequense con el 4 por ciento. Un día antes de las elecciones los números eran prácticamente los mismos, pues liberales y conservadores seguían parejos con el 32 por ciento, el NDP había crecido y ahora tenía el 18 por ciento de las preferencias, los verdes el 8 y el BQ el 7 por ciento. El emergente Partido Popular de Canadá (People's Party of Canada, PPC), de extrema derecha, nunca superó el 3 por ciento de intención de voto (Politico, 2019).

De acuerdo con los números anteriores, las elecciones proyectaban una victoria liberal por minoría, debido a la regionalización de sus distritos electorales, pese a mantener cifras similares de intención de voto con los conservadores. Por su parte, Singh buscó no perder espacios parlamentarios para ejercer influencia en la nueva Cámara de los Comunes que se estaría conformando.

Las elecciones federales se celebraron el 21 de octubre de 2019, y en ellas el Partido Liberal mantuvo el gobierno con Justin Trudeau como primer ministro, pero minoritario, como se preveía. Sus curules ascendieron a 157 tras obtener el 33.12 por ciento de los votos. Los conservadores, pese a ser el partido con mayor porcentaje de votación, con el 34.34 por ciento, obtuvieron sólo 121 asientos, mientras que el Bloque Quebequense recuperaba su tercera posición parlamentaria tras conquistar 32 asientos. El NDP retuvo

24 de sus 39 curules en disputa, tras lograr el 16 por ciento de la votación nacional, mientras que los verdes ganarían los 3 asientos restantes.

Estos resultados fueron paradójicos y reveladores para los neodemócratas y su líder pues, si bien bajaron del 19.7 en 2015 al 16 por ciento en 2019, lo cierto es que su postura más definida en favor del medioambiente, la defensa de los sectores menos favorecidos, el incremento de impuestos a los más ricos y mostrarse más como un partido de izquierda jugó en su favor en la arena electoral.

Lo que en realidad redujo la presencia neodemócrata en la Cámara de los Comunes fue la animadversión de los quebequenses a la apariencia de Singh, a su religión y a sus posturas en favor de las expresiones religiosas en Quebec, corroborando la advertencia hecha en 2017 por el diputado Pierre Nantel, cuando afirmó que el turbante y la religión de Singh iban a ser obstáculos para el NDP en Quebec. Por cierto, como se mencionó, dicho diputado renunció al NDP poco antes de esas elecciones de 2019 para postularse por el Partido Verde en su distrito, Longueuil-Saint-Hubert, que había conquistado desde las elecciones federales de 2011, pero fue derrotado por el candidato del Bloque Quebequense, partido con el que, por cierto, mantuvo conversaciones con miras a incorporarse a sus filas, pero no llegó a un acuerdo.

Así, se considera que los quince asientos que perdió el NDP en Quebec fueron los que terminó restando el movimiento neodemócrata al nuevo ejercicio parlamentario del segundo periodo de Trudeau. De este modo, tan pronto comenzaron las labores del XLIII Parlamento en diciembre de 2019 fue claro que el Partido Conservador y el Bloque Quebequense continuarían con sus habituales maniobras para dificultar el trabajo de los liberales, pero Trudeau pronto encontró en el NDP el soporte suficiente para comenzar labores, ya que aunque a su partido le faltaban doce asientos para alcanzar el 50 por ciento más uno en la Cámara de los Comunes, encontró en los veinticuatro diputados neodemócratas y en su líder la llave para iniciar gestión.

Este soporte neodemócrata para sacar adelante las iniciativas liberales se hizo evidente en enero y febrero de 2020 una vez que los congresos de México y Estados Unidos hubieron aprobado el T-MEC, el mecanismo comercial que sustituyó al TLCAN y que tantos conflictos había generado al gobierno de Trudeau en su negociación con la administración de Donald Trump de 2018 a 2019. De este modo, la presión para Trudeau no se hizo esperar, ya que la aprobación parlamentaria se tornaba más urgente en medio de la emer-

gencia sanitaria global por la Covid-19. Por tanto, pese al rechazo absoluto del Bloque Quebequense y las reservas del Partido Conservador, que exigía mayor tiempo de análisis del T-MEC, se anunció que los diputados del NDP se sumarían a la bancada liberal para aprobarlo por vía rápida (*fast track*).

Esta decisión incluso fue reconocida por la jefa de la delegación canadiense durante las negociaciones, la ministra Chrystia Freeland, quien señaló ante los medios de comunicación de su país que el gobierno de Trudeau agradecía al NDP su apoyo y se extrañaba de la fracción conservadora en el Parlamento por su falta de solidaridad. Al mismo tiempo, Freeland pedía al Partido Conservador explicar a sus votantes cómo es que un órgano de izquierda, como el NDP, apoyaba más el libre comercio que los diputados conservadores, al anteponer los intereses partidistas a los de la nación (Blanchfield, 2020).

Si bien Singh guardó silencio tanto antes como después del anuncio del respaldo neodemócrata al T-MEC, lo cierto es que su apoyo a Trudeau fue oxígeno puro para su administración, ya que la presión ejercida por Trump sobre Trudeau y su gobierno lo ponía en predicamentos, pues ciertamente el aparato legislativo canadiense era el único que no había puesto fecha al arranque del nuevo mecanismo comercial, uno de los estandartes del presidente Trump en la campaña rumbo a su reelección, durante la cual el propio Singh, haciendo a un lado el tradicional respeto del NDP por los procesos electorales extranjeros, pidió a los electores estadounidenses votar en contra del republicano y sacarlo del poder de una vez por todas. Sus razones eran, principalmente, que dicha administración había enjaulado a niños migrantes y avivado las llamas del odio y la división en Estados Unidos; ello, ante el silencio del primer ministro Trudeau y los liderazgos conservadores canadienses, que prefirieron no emitir comentarios durante el proceso electoral estadounidense (Zimmer, 2020).

Sin embargo, más allá de la ratificación del T-MEC y las elecciones en Estados Unidos en 2020, la gestión liberal se vio envuelta en la emergencia sanitaria por Covid-19. Los elevados niveles de contagio por todo el mundo llevaron a que el Parlamento declarara una suspensión de labores en marzo de 2020 y resolviera reabrir en días y periodos específicos durante el resto del año sólo para aprobar leyes emergentes y encarar la crisis de salud.

Así, el NDP se sumó a la propuesta de destinar más de ochenta mil millones de dólares para apoyar a la población mediante programas de ayuda a familias con niños pequeños, a desempleados, el reembolso de préstamos estudiantiles,

el otorgamiento de becas, los subsidios salariales y la compra del equipo médico necesario. En medio de la pandemia, de marzo a septiembre de 2020, el Parlamento sesionó de manera limitada, y no fue sino hasta octubre y noviembre cuando cambió su dinámica durante tres semanas.

En esta reapertura parlamentaria gradual, Singh y su partido apoyaron las medidas de contención del virus puestas en marcha por el gobierno de Trudeau, como el cierre de fronteras terrestres con Estados Unidos y una vigilancia exhaustiva en las terminales que siguieron recibiendo vuelos del extranjero. Esta colaboración fue más clara cuando Singh rechazó sumarse a los conservadores y al Bloque Quebequense para convocar a elecciones federales adelantadas en octubre de 2020, argumentando que el país no estaba en condiciones de pedir a la gente que saliera a votar (Emmanuel, 2020).

De este modo, capitalizando la posición de su partido como cuarta fuerza política en el Parlamento, Singh mostró habilidades para hacer que el gobierno de Trudeau incluyera temas y adoptara determinados compromisos, haciendo énfasis en que era el NDP el único actor que podía evitar las mencionadas elecciones anticipadas.

Como parte de su estrategia de comunicación, Singh afirmó que la respuesta del gobierno de destinar miles de millones de dólares a la población más necesitada era resultado, en buena medida, de la influencia de los neodemócratas sobre la administración de Trudeau, ello después de que el anterior líder del NDP, Thomas Mulcair, declarara en una entrevista que la ciudadanía debía reconocerle al primer ministro Trudeau su rápida respuesta a la emergencia sanitaria y otorgarle buenas calificaciones, lo que permitiría a los liberales volver a ganar en las siguientes elecciones federales. En este sentido, agregó que Trudeau se estaba mostrando inspirado y que sus resultados serían buenos (CTV News, 2020).

Este inusual espaldarazo público de un exlíder del NDP a un primer ministro de otra agrupación provocó que Singh se dirigiera a la prensa para externar sus puntos de vista, subrayando la influencia del NDP en las acciones puestas en marcha por el gobierno federal canadiense para enfrentar la pandemia. Su intención fue resaltar las contribuciones neodemócratas para brindar estabilidad política y capacidad de acción al gobierno cuando éste más lo requería.

Singh afirmó que, sin duda, a quien debía dársele crédito por la contención de la pandemia y por las acciones para brindar apoyo a los ciudadanos durante el tiempo más agudo de la crisis era al NDP. En este sentido, señaló

que el aumento al subsidio salarial había sido impulsado por su partido como condición para respaldar a Trudeau, así como los apoyos a estudiantes, personas mayores o con alguna discapacidad, pero sobre todo la creación de una licencia laboral por Covid-19 y sus secuelas, lo que, según Singh, había sido quizá el mayor logro de su partido frente al gobierno de Trudeau, que tuvo que aceptar esa medida.

En esta misma conferencia, afirmó que en realidad habían sido los veinticuatro diputados neodemócratas los que impidieron que se adelantaran las elecciones; que la intención de su gestión al frente del NDP no era derribar al gobierno minoritario de Trudeau, sino obligarlo a trabajar para la gente. Por último, dejó en claro que Canadá iría a elecciones federales hasta que el primer ministro Trudeau lo decidiera y que los neodemócratas no iban a buscar adelantarlas, ya que su principal objetivo era incrementar ayudas económicas a quienes más las necesitaran por la pandemia (Pinkerton, 2020).

En realidad, más allá de las declaraciones de Thomas Mulcair, cuyo objetivo era minar apoyos y restar crédito al NDP, lo cierto es que los niveles de aprobación del partido, su cooperación con el gobierno liberal durante la pandemia, la elocuencia discursiva de Jagmeet Singh, así como sus arengas a la opinión pública para ser compasivos con los más necesitados, fueron elementos que contribuyeron a elevar las intenciones de voto en favor del NDP en las encuestas nacionales durante 2020, las cuales se ubicaban entre el 18 y el 20 por ciento, superando incluso los niveles de las elecciones federales de 2015 (CBC News, 2021b).

Otro elemento por considerar es que esta recuperación neodemócrata a nivel nacional ocurre mientras en Quebec tiene muy baja aprobación y parece haber regresado a los tiempos en que, sin importar lo que el NDP hiciera, esa provincia no los aceptaría, y menos aun con un líder no blanco como Jagmeet Singh, y esa tendencia no parecería ser reversible.

Así, pese a las múltiples expresiones racistas y los prejuicios incluso dentro del NDP, Singh ha mantenido firme su postura, pidiendo a sus bases no vivir con miedo ni permitir que la incertidumbre sea parte de sus vidas; que un Canadá mejor es posible y eso se logrará cuando a todos los seres humanos, sin importar su procedencia, se los considere como iguales. En realidad, esto es por lo que el NDP ha luchado desde sus inicios, a principios del ya lejano siglo XX, en su búsqueda de una sociedad más justa e igualitaria que, si bien esto no se ha logrado con gobiernos neodemócratas a nivel federal, debe

reconocerse que el NDP y la izquierda han hecho posible un Canadá mejor y ésta, sin duda, es su mayor aportación.

CUADRO 4  
ASIENTOS DEL NDP EN ELECCIONES FEDERALES (1979-2019)

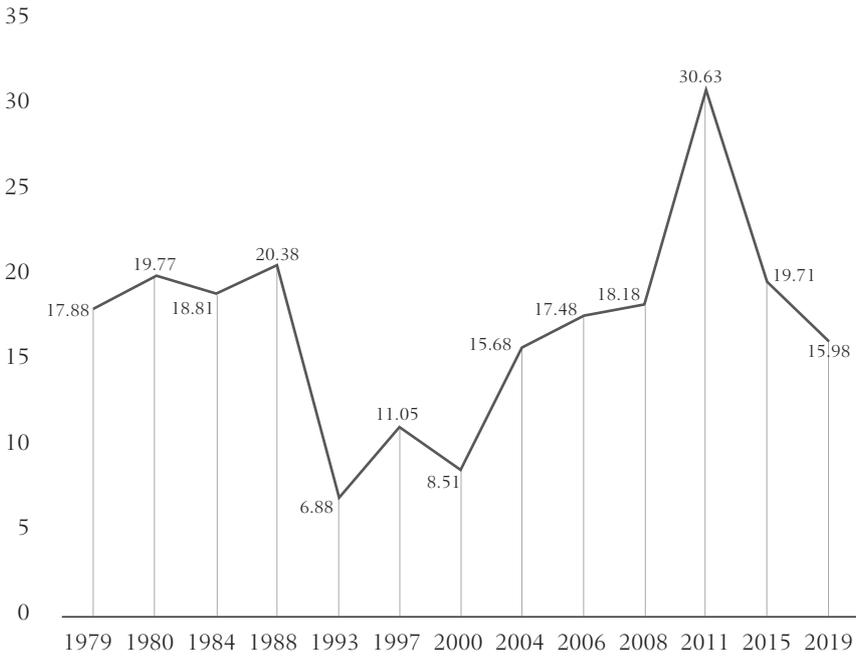
	1979	1980	1984	1988	1993	1997	2000	2004	2006	2008	2011	2015	2019
Alberta	-	-	-	1	-	-	-	-	-	1	1	1	1
Columbia Británica	8	12	8	19	2	3	2	5	10	9	12	14	11
Manitoba	5	7	4	2	1	4	4	4	3	4	2	2	3
Nuevo Brunswick	-	-	-	-	-	2	1	1	1	1	1	-	-
Terranova y Labrador	1	-	-	-	-	-	-	-	-	1	2	-	1
Territorios del Noroeste	1	1	-	-	-	-	-	-	1	1	1	-	-
Nueva Escocia	1	-	-	-	-	6	3	2	2	2	3	-	-
Nunavut	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1
Ontario	6	5	13	10	-	-	1	7	12	17	22	8	6
Isla del Príncipe Eduardo	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
Quebec	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	59	16	1
Saskatchewan	-	7	5	10	5	5	2	-	-	-	-	3	-
Yukón	-	-	-	1	1	1	-	-	-	-	-	-	-
<b>Total</b>	<b>26</b>	<b>32</b>	<b>30</b>	<b>43</b>	<b>9</b>	<b>21</b>	<b>13</b>	<b>19</b>	<b>29</b>	<b>37</b>	<b>103</b>	<b>44</b>	<b>24</b>

FUENTE: Elaboración propia con datos del Parlamento de Canadá (2021a).

Por último, para tener una idea más concreta de la evolución del Partido Neodemócrata durante el periodo que abarca este análisis pueden verse el cuadro 4 y la gráfica 3, que muestran la situación experimentada por dicha organización durante estas cuatro décadas y a lo largo de los siete liderazgos estudiados. En estos concentrados se distinguen los considerados como los más sobresalientes, el de Ed Broadbent (1975-1989) y el de Jack Layton (2003-2011), donde se aprecian avances electorales claros; los dos más decepcionantes, con retrocesos agudos, que fueron los de Audrey McLaughlin (1989-1995) y Thomas Mulcair (2012-2017); uno marcado por luchas internas

para mantener vivo al partido, con Alexa McDonough (1995-2003); uno de transición encarnado en Nycole Turmel (2011-2012), y el vigente al momento de concluir este libro, el de Jagmeet Singh, iniciado en 2017 y que desde el primer día ha buscado acercarse a sus bases y retomar las tradicionales metas neodemócratas.

GRÁFICA 3  
ASIENTOS PARLAMENTARIOS FEDERALES (1979-2019)  
(%)



FUENTE: Elaboración propia con datos del Parlamento de Canadá (2021a).